

Los silencios del Dr. Murke

Heinrich Böll



Lectulandia

Los silencios del doctor Murke es una reivindicación del derecho a la soledad y a la reflexión, y también una divertida sátira de la retórica al uso; *No sólo en Navidad* lleva hasta el absurdo una forma particular de solidaridad familiar; *Diario en la capital* constituye un amargo testimonio de la vuelta al poder de los responsables de la ascensión del nazismo; *Algo va a pasar* denuncia la conversión de los medios en fines en la sociedad de consumo; por último, *El destructor* evidencia el borroso carácter de las fronteras que separan la normalidad aceptada por la sociedad y el desequilibrio mental.

Lectulandia

Heinrich Böll

Los silencios del doctor Murke

ePub r1.0

Titivillus 31.12.15

Título original: *Doktor Murkes gesammelte Schweigen und andere Satiren*
Heinrich Böll, 1958
Traducción: Carmen Ituarte
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Los silencios del doctor Murke

Todas las mañanas, al entrar en la emisora, Murke realizaba un ejercicio gimnástico de tipo existencialista: saltaba al ascensor paternóster, pero no se quedaba en el segundo piso, donde estaba su despacho, sino que continuaba hacia arriba, pasando el tercer piso, y el cuarto y el quinto. Siempre se estremecía cuando la plataforma de la cabina rebasaba el descansillo del quinto piso y se introducía, rechinando, en el hueco donde las cadenas engrasadas de la quejumbrosa máquina, sostenidas por soportes embadurnados de sebo, cambiaban la dirección ascendente de la cabina y la situaban en la de descenso. Murke miraba angustiada las únicas paredes sin enlucir de todo el edificio y respiraba profundamente cuando la cabina se enderezaba después de pasar la compuerta y se alineaba de nuevo, descendiendo lentamente al quinto, al cuarto, al tercer piso. Murke sabía que su temor era totalmente injustificado. Naturalmente, nunca pasaría nada. No podía pasar nada y en el peor de los casos, podía ocurrir que el ascensor quedase detenido arriba y tuviera que pasarse una o dos horas encerrado dentro; pero hacía ya tres años que funcionaba la emisora y jamás había fallado el ascensor. Los días en que era revisado y Murke tenía que renunciar a sus cuatro segundos y medio de angustia, se sentía nervioso y disgustado, como una persona en ayunas. Necesitaba su angustia como otros su café, su papilla de avena o su zumo de frutas.

Al llegar al segundo piso, donde estaba la sección de Cultura, salía del ascensor con un aspecto plácido y sereno, como sólo puede presentarlo quien ama y está compenetrado con su trabajo. Abría la puerta de su despacho, se dirigía despacio a su sillón, se sentaba y encendía un cigarrillo: siempre llegaba el primero. Era joven, inteligente y simpático y la ligera petulancia que se advertía en él de cuando en cuando le era fácilmente perdonada, pues todo el mundo sabía que había cursado con gran brillantez su doctorado de psicología.

Pero, debido a especiales circunstancias, Murke había renunciado dos días a su desayuno de angustia: tenía que llegar a la emisora, correr a uno de los estudios y empezar a trabajar a las ocho en punto, pues el gerente le había encargado que, siguiendo las indicaciones del autor, corrigiera las dos conferencias del gran Bur-Malottke, que versaban sobre «La esencia del arte» y que habían sido tomadas en cinta magnetofónica.

Bur-Malottke, que se había convertido en el entusiasmo religioso del año 1945, se sentía de la noche a la mañana —como él decía— asaltado por dudas religiosas. Se acusaba a sí mismo de ser responsable del recargo religioso de la emisora y había decidido sustituir la palabra «Dios», que empleaba frecuentemente en su conferencia de hora y media sobre «La esencia del arte», por una expresión más conforme a su mentalidad anterior al año 1945.

Bur-Malottke había indicado al gerente que había que reemplazar la palabra «Dios» por la expresión «el ser supremo, que veneramos». Pero se negaba a repetir la grabación de las conferencias y rogaba que se recortase a Dios de la misma y que se empalmase la nueva expresión. Bur-Malottke y el gerente eran amigos, pero no fue

esta amistad lo que hizo que el gerente accediera: era imposible contradecir a Bur-Malottke. Había escrito numerosos libros de ensayos filosóficos, religiosos, culturales e históricos; era redactor de tres revistas y dos periódicos y lector-jefe de la más importante editorial. Declaró que estaba dispuesto a pasar el miércoles un cuarto de hora en la emisora, repitiendo «el ser supremo, que veneramos» tantas veces como apareciera Dios en su conferencia. El resto lo confiaba al criterio técnico de los empleados de la emisora.

Había sido difícil para el gerente encontrar a alguien que hiciera este trabajo; inmediatamente pensó en Murke, pero la rapidez con que le vino a la memoria este nombre le hizo desconfiar —era un hombre lleno de vitalidad y salud—, y por eso reflexionó cinco minutos, recordó a Schwending, a Humkoke, a la señorita Broldin, pero volvió a Murke otra vez. Al gerente no le gustaba Murke; a pesar de eso, lo contrató en cuanto se lo presentaron; lo hizo como el director de un parque zoológico, cuyo afecto pertenece a los gazapillos y cervatos, pero que adquiere naturalmente animales de presa, porque en un parque zoológico tiene que haberlos; pero el amor del gerente eran los gazapillos y los cervatos y Murke era para él una especie de fiera intelectual. Al fin venció su vitalidad y encargó a Murke que arreglara las conferencias de Bur-Malottke. Tenían que estar listas para los programas del jueves y del viernes y los remordimientos habían acosado a Bur-Malottke en la noche del domingo al lunes; hubiera sido lo mismo suicidarse que contradecir a Bur-Malottke y el gerente amaba demasiado la vida para pensar en suicidarse.

En el transcurso de la tarde del lunes y la mañana del martes, tuvo que escuchar Murke tres veces las dos conferencias, cada una de las cuales duraba media hora. Recortó a Dios y durante las pequeñas pausas que se producían, meditaba, fumando silenciosamente con el técnico, sobre la vitalidad del gerente y sobre el despreciable ser que veneraba, Bur-Malottke. Jamás había leído una línea suya, ni oído anteriormente ninguna de sus conferencias. En la noche del lunes al martes soñó que tenía que subir una escalera tan alta y empinada como la torre Eiffel. De repente se daba cuenta de que los escalones estaban embadurnados de jabón y que abajo estaba el gerente gritándole: «Adelante, Murke, adelante, muéstrenos usted de lo que es capaz... Adelante». El sueño de la noche del martes al miércoles fue muy parecido: se acercaba al tobogán de una feria, pagaba treinta peniques a un hombre que le pareció conocido y cuando empezaba a deslizarse se daba cuenta de que la pista tenía por lo menos diez kilómetros de longitud y que no había posibilidad de volverse atrás, y de que el hombre al que había dado los treinta peniques era el gerente. Después de estos sueños, no necesitó procurarse aquellas mañanas su inocuo desayuno de angustia en el hueco del paternóster.

Llegó el miércoles y aquella noche no había soñado nada referente a jabón, ni a toboganes ni a gerentes. Entró sonriendo en la emisora, se montó en el paternóster, se dejó conducir al sexto piso —cuatro segundos y medio de angustia, el chirrido de las cadenas, las paredes sin enlucir— y bajó al cuarto piso, salió del ascensor y se dirigió al estudio donde estaba citado con Bur-Malottke. Eran las diez menos dos minutos cuando se sentó en el sillón verde. Saludó con la mano al técnico y encendió un pitillo. Respiró tranquilo, sacó una nota de la cartera y miró al reloj: Bur-Malottke era muy puntual. Su puntualidad era al menos proverbial; y cuando el segundero terminó de recorrer el último segundo de la hora décima y el minuterero y el horario giraron hasta llegar respectivamente al doce y al diez, se abrió la puerta y apareció Bur-Malottke. Murke se levantó, sonrió amablemente, se dirigió a Bur-Malottke y se presentó. Bur-Malottke le estrechó la mano, sonrió y dijo: —Bien, empecemos—. Murke cogió la nota de la mesa, se llevó el cigarrillo a los labios y dijo a Bur-Malottke, leyendo los datos de la nota: «En las dos conferencias se cita a Dios en total veintisiete veces —tengo que rogarle por tanto que repita veintisiete veces lo que tenemos que intercalar. Le agradeceríamos que hiciera el favor de decirlo treinta y cinco veces, pues queremos tener alguna de reserva por si la necesitamos al hacer la composición».

—De acuerdo —dijo Bur-Malottke sonriendo—, y se sentó.

—Por cierto, hay una dificultad —dijo Murke—, que es la siguiente; la palabra Dios no lleva artículo. Pero la nueva expresión «el ser supremo, que veneramos» cambia según los casos. Necesitamos en total —sonrió cariñosamente a Bur-Malottke— diez nominativos y cinco acusativos, así es que son quince «el ser supremo que veneramos» —siete genitivos «del ser supremo que veneramos»— cinco dativos «al ser supremo que veneramos». Después queda un vocativo, allí donde usted dice: «oh Dios». Me permito sugerirle que conserve ese vocativo y diga usted: «oh tú, ser supremo que veneramos».

Evidentemente, Bur-Malottke no había pensado en esta complicación; empezó a sudar, pues este desplazamiento de casos le desazonaba. Murke continuó:

—En total —dijo jovial y amistosamente—, necesitaremos un minuto y veinte segundos para las veintisiete nuevas expresiones, mientras que el decir «Dios» veintisiete veces sólo ocupaba veinte segundos. Por tanto, tenemos que acortar en medio minuto cada conferencia a causa de estas modificaciones.

Bur-Malottke sudó más copiosamente; se maldijo interiormente por sus repentinos escrúpulos y preguntó:

—¿Ya habrá hecho usted los cortes, verdad?

—Sí —dijo Murke, sacando del bolsillo una cajetilla de hojalata que contenía trozos cortos y negruzcos de cita magnetofónica. La abrió y se la ofreció a Bur-Malottke diciendo suavemente—: Veintisiete veces «Dios» dichas por usted, ¿las

quiere?

—No, gracias —contestó Bur-Malottke furioso—. Hablaré con el gerente respecto a los dos medios minutos. ¿Qué emisiones van después de mis conferencias?

—Mañana —dijo Murke— después de su conferencia va el habitual espacio radiofónico que redacta el doctor Grehm.

—¡Maldición! —exclamó Bur-Malottke— Grehm no querrá ni oír hablar del asunto.

—Y pasado mañana —dijo Murke— después de su conferencia va la emisión «Balanceando la pierna danzarina».

—¡Huglieme! —rugió Bur-Malottke—. Jamás ha cedido la sección recreativa ni un cuarto de segundo a la de cultura.

—Nunca, efectivamente —dijo Murke—, por lo menos —y dio a su joven rostro una expresión de modestia intachable— desde que yo trabajo en esta casa.

—Bueno —dijo Bur-Malottke y miró al reloj—, dentro de diez minutos habremos terminado y después trataré con el gerente de ese minuto. Empecemos. ¿Me puede dejar su nota?

—Con mucho gusto —dijo Murke—, me sé de memoria esos números.

El técnico dejó el periódico cuando Murke entró en la pequeña cabina de cristal. El técnico sonrió. Murke y el técnico no habían cambiado ninguna impresión personal durante las seis horas que, entre el lunes y el martes, pasaron escuchando y cortando la conferencia; se limitaron a mirarse, ofreciendo la cajita de cigarrillos una vez el técnico a Murke y la otra Murke al técnico cuando se concedían una pausa; al ver ahora Murke la sonrisa del técnico, pensó: «Si existe la amistad en este mundo, este hombre es mi amigo». Dejó sobre la mesa la cajita de hojalata que contenía los cortes de la conferencia de Bur-Malottke y susurró:

—Esto empieza ya.

Conectó con el estudio y dijo por el micrófono:

—Podemos suprimir la prueba de voz, señor profesor. Es mejor que comencemos inmediatamente; me permito rogarle que empiece con los nominativos.

Bur-Malottke inclinó la cabeza asintiendo, Murke desconectó el micrófono y apretó el botón que hacía lucir la luz verde del estudio, y entonces se oyó la voz solemne y sonora de Bur-Malottke diciendo:

—El ser supremo que veneramos, el ser supremo que...

Los labios de Bur-Malottke se curvaban ante el micrófono como si quisiera besarlos, el sudor corría por su frente y Murke contemplaba fríamente a través de la mampara de cristal cómo sufría Bur-Malottke; de pronto quitó la conexión de Bur-Malottke, detuvo la cinta donde se grababan sus palabras y se regocijó viendo a Bur-Malottke mudo como un gordo y hermoso pez tras su pared de cristal. Conectó con el estudio y dijo tranquilamente:

—Lo siento mucho, pero la cinta estaba estropeada y tengo que rogarle que vuelva a empezar con los nominativos.

Bur-Malottke maldijo, pero fueron unas maldiciones inaudibles para todos menos para él mismo, pues Murke había vuelto a desconectar. Conectó cuando Bur-Malottke empezó a decir «el ser supremo...». Murke era demasiado joven y se consideraba lo suficientemente culto para que la palabra odio le resultase grata. Pero, de pronto, allí, tras la mampara de cristal, mientras Bur-Malottke recitaba sus genitivos, supo lo que era el odio; odiaba a aquel hombre alto, gordo y guapo, cuya obra, editada hasta alcanzar el número de dos millones trescientos cincuenta mil copias se encontraba en todas las bibliotecas, estantes de libros, armarios de libros y librerías. Ni por un momento se le pasó por la cabeza el ahogar su odio. Murke volvió a conectar su micrófono, cuando Bur-Malottke había pronunciado dos genitivos y dijo serenamente:

—Perdone que le interrumpa: los nominativos son estupendos y el primer genitivo también, pero, por favor, vuelva a repetir el segundo genitivo; más bajo, más natural. Voy a ponerle la cinta para que la oiga. —E indicó con un gesto al técnico que lo hiciera, aunque Bur-Malottke sacudía enérgicamente la cabeza. Vieron cómo Bur-Malottke se estremecía, cómo le corría el sudor más copiosamente y cómo se tapaba los oídos hasta que se terminó la cinta. Habló algo, renegó, pero Murke y el técnico no le oían pues habían vuelto a desconectar. Con toda su sangre fría esperó Murke hasta que pudo leer en los labios de Bur-Malottke que ya había empezado con «el ser supremo». Conectó el micrófono y la cinta y Bur-Malottke llegó a los dativos; «al ser supremo que veneramos».

Cuando terminó con los dativos, estrujó la nota de Murke, se levantó furioso y bañado en sudor y quiso acercarse a la puerta; pero la voz suave, amable y juvenil de Murke le detuvo diciendo:

—Señor Profesor, ha olvidado el vocativo —Bur-Malottke le lanzó una mirada cargada de odio y pronunció ante el micrófono—: «Oh tú, ser supremo que veneramos».

Cuando intentó salir, volvió a detenerle la voz de Murke:

—Perdone, señor profesor, pero la frase, dicha de esa manera, es inservible.

—Por Dios —le dijo en voz baja el técnico— no se exceda usted.

Bur-Malottke se quedó quieto ante la puerta, como si la voz de Murke le hubiera clavado a la pared de cristal.

Estaba como jamás había estado en su vida; estaba desconcertado y aquella voz tan joven, tan amable y tan extraordinariamente inteligente le hería, como nada en su vida le había herido. Murke continuó:

—Puedo, naturalmente, ponerlo así en su conferencia, pero me permito advertirle, señor profesor, que no va a hacer buen efecto.

Bur-Malottke se volvió, se dirigió al micrófono y dijo con voz baja y solemne:

—«Oh tú, ser supremo que veneramos».

Salió del estudio sin mirar a Murke. Eran exactamente las diez y cuarto y en la puerta se tropezó con una mujer joven y guapa que llevaba unas partituras en la mano. La joven era pelirroja y exuberante. Se dirigió resueltamente al micrófono, lo volvió, y colocó la mesa de forma que le permitiera estar en pie holgadamente ante el micrófono.

Murke cambió impresiones con Huglieme, el redactor de la sección de recitales, en la cabina de cristal. Huglieme dijo, señalando la cajita de cigarrillos:

—¿Necesita usted aún esto? —Y Murke dijo:

—Sí, lo necesito.

Dentro cantaba la muchacha pelirroja: «Toma mis labios, tal como son y son muy bonitos». Huglieme conectó y dijo tranquilamente por el micrófono:

—Cierra el pico veinte segundos, aún no estoy listo. —La joven se rió, frunció los labios y dijo:

—¡So cargante camello!

Murke dijo al técnico:

—Así es que vendré a las once, lo cortaremos y lo intercalaremos.

—¿Tendremos que oírlo luego otra vez? —preguntó el técnico.

—No —dijo Murke— ni por un millón de marcos volvería yo a oír eso otra vez.

El técnico asintió, colocó la cinta para la cantante pelirroja y Murke se fue.

Se puso un cigarrillo en los labios, lo dejó sin encender y se dirigió a través del pasillo trasero al segundo paternóster, que estaba situado en el lado sur y conducía a la cantina.

Las alfombras, los suelos, los muebles y los cuadros, todo le ponía nervioso. Eran alfombras hermosas, suelos hermosos, muebles hermosos y cuadros de exquisito buen gusto, pero de pronto sintió el deseo de ver colgada en alguna pared la cursi estampita del Sagrado Corazón que le había mandado su madre. Se paró, miró a su alrededor, escuchó, sacó la estampita del bolsillo y la pegó en la pared, cerca de la puerta del ayudante de registro del departamento de escucha, entre el papel y el entrepaño. La estampita era de colores chillones y debajo de la imagen del Sagrado Corazón ponía: Recé por ti en Santiago.

Murke siguió andando, montó en el paternóster y descendió. En esta parte de la emisora se habían colocado ya los ceniceros que habían ganado el primer premio del concurso «el mejor cenicerito». Estaban colgados al lado de los números rojos y luminosos que indicaban el piso: un cuatro rojo, un cenicerito; un tres rojo, un cenicerito; un dos rojo, un cenicerito. Eran unos ceniceritos magníficos, de cobre repujado y en forma de concha, cuyos soportes, también de cobre repujado, representaban una original planta marina: Algas nudosas, y cada cenicerito había costado 285 marcos con 67 peniques. Eran tan preciosos que Murke jamás tuvo el valor de ensuciarlos con algo tan antiestético como una colilla. A los demás

fumadores debía pasarles lo mismo, pues el suelo, bajo los estupendos ceniceros, estaba lleno de ceniza, cajetillas vacías y colillas. Nadie se decidió nunca a considerar a los ceniceros como tales y allí estaban, repujados, relucientes y siempre vacíos.

Murke vio cómo llegaba hasta él el quinto cenicero correspondiente al cero rojo y luminoso. El aire se volvió más cálido y olía a comida. Murke saltó del paternóster y entró tambaleándose en la cantina. En la mesa del rincón estaban sentados tres colaboradores independientes. Sobre la mesa había hueveras, platos de pan y cafeteras. Los tres hombres habían compuesto juntos una serie de emisiones «Los pulmones, órgano humano», habían cobrado juntos, desayunado juntos, bebían ahora juntos una copa y murmuraban de los impuestos. Murke conocía a uno de ellos, a Wendrich; pero Wendrich gritó en aquel momento fuertemente:

—¡Arte! ¡Arte! —volvió a gritar:

—¡Arte, arte! —y Murke se estremeció aterrado como la rana de la que se sirvió Galvani para descubrir la electricidad. Murke había oído la palabra arte demasiadas veces en los dos últimos días de labios de Bur-Malottke; se repetía exactamente 134 veces en las dos conferencias; y él había escuchado la conferencia tres veces, por tanto había oído 402 veces la palabra arte. Demasiadas, para poder soportar una charla sobre el tema. Se escurrió por el mostrador hasta un emparrado que había en el otro extremo de la cantina y respiró aliviado cuando vio que el emparrado estaba libre. Se sentó en el sillón amarillo, encendió el pitillo y cuando vino Wulla, la camarera, dijo: «Sidra, por favor», y se alegró de que Wulla desapareciera inmediatamente. Cerró los ojos, pero oía sin querer la conversión de los colaboradores libres que estaban en el rincón y que por lo visto, discutían apasionadamente sobre arte; cada vez que alguno gritaba: «Arte», Murke se estremecía. «Parece que le azotan a uno», pensó.

Wulla le miró preocupada cuando le trajo la sidra. Era alta y fuerte, pero no gorda. Tenía una cara saludable y alegre y mientras escanciaba la sidra de la jarra a un vaso, dijo:

—Debería tomarse unas vacaciones, señor doctor y dejar de fumar.

Antes se llamaba Wilfriede-Ulla, pero después, para simplificar, redujo el nombre a Wulla. Sentía un respeto especial por la gente de la sección de cultura.

—Déjeme en paz —dijo Murke— por favor, déjeme.

—Y debería irse al cine con una chica sencilla y simpática —dijo Wulla.

—Esta noche lo haré —dijo Murke—, se lo prometo.

—No hace falta que sea una «fulana» —dijo Wulla— sino una chica sencilla, simpática, tranquila y sentimental. Las hay aún.

—Ya lo sé —dijo Murke—, las hay e incluso conozco una.

«Menos mal», pensó Wulla y se acercó a los colaboradores libres, uno de los cuales había pedido tres copas y tres cafés. «Pobres señores», pensó, «el arte los va a volver completamente locos». Se preocupaba cordialmente de ellos y procuraba convencerles de que ahorrasen. «En cuanto tienen dinero lo tiran por la ventana»,

pensó, y se dirigió sacudiendo la cabeza al mostrador y pidió al barman las tres copas y los tres cafés.

Murke bebió un trago de sidra, aplastó el cigarrillo en el cenicero y pensó angustiado en las horas de once a una, durante las cuales tenía que separar las frases de Bur-Malottke y empalmarlas en las conferencias, cada una en su sitio. El gerente quería que se las pasaran a las dos en su estudio. Murke se acordó del jabón, de escaleras empinadas y toboganes, pensó en Bur-Malottke y se sobresaltó cuando vio entrar en la cantina a Schwendling.

Swendling llevaba una camisa a grandes cuadros rojos y negros y se dirigió directamente al emparrado donde se ocultaba Murke. Schwendling tarareaba la canción de moda: «Toma mis labios tal como son y son muy bonitos...», vaciló al ver a Murke y dijo:

—¿Eres tú? Pensaba que estabas arreglando el tostón de Bur-Malottke.

—A las once —dijo Murke— empezaré otra vez.

—¡Wulla, cerveza! —rugió Schwendling mirando el mostrador— medio litro. Vaya, tendrían que darte por esto un permiso especial. Tiene que ser horrible. El viejo me ha contado de lo que se trata.

Murke guardó silencio y Schwendling dijo:

—¿Sabes la última novedad de Murckwitz?

Murke negó con la cabeza sin mostrar ningún interés, pero luego preguntó cortésmente:

—¿Qué le pasa?

Wulla trajo la cerveza, Schwendling tomó un sorbo que le produjo una ligera flatulencia y dijo lentamente:

—Murckwitz protagoniza la taiga.

Murke rió y preguntó:

—¿Qué hace Fenn?

—Ese —dijo Schwendling— protagoniza la tundra.

—¿Y Weggucht?

—Weggucht hace un papel de protagonista representándome y después hago yo otro representándole, según el proverbio: Si tú me protagonizas, yo te protagonizaré...

Uno de los colaboradores libres se levantó violentamente y exclamó con énfasis para que le oyeran todos los que estaban en la cantina:

—El arte, el arte es lo único que importa.

Murke se contrajo como el soldado que oye que tiran una granada desde la trinchera enemiga. Bebió otro trago de sidra y volvió a estremecerse cuando oyó decir por el altavoz: «Doctor Murke, le esperan en el estudio 13; doctor Murke, le esperan en el estudio 13». Miró la hora y aún eran las diez y media, pero la voz continuaba diciendo implacablemente: «Doctor Murke, le esperan en el estudio 13». El altavoz estaba colgado sobre el mostrador, exactamente debajo de la sentencia que

el gerente había mandado pintar en la pared: «Con disciplina se consigue todo».

—Bueno —dijo Schwendling—, es inútil, vete.

—Sí —dijo Murke—, es inútil.

Se levantó, dejó el importe de la sidra sobre la mesa, se inclinó al pasar ante la mesa de los colaboradores libres, y, fuera ya, montó en el paternóster y al subir volvió a pasar ante los cinco ceniceros. Vio que todavía estaba pegada su estampita del Sagrado Corazón en el entrepaño, cerca de la puerta del ayudante de registro y pensó:

«Gracias a Dios, ahora hay al menos un cuadro cursi en la emisora».

Abrió la puerta de la cabina del estudio, vio al técnico solo y tranquilamente sentado ante cuatro cajas de cartón y preguntó cansado:

—¿Qué pasa?

—Han terminado antes de lo que pensaban y hemos ganado media hora —dijo el técnico— y he pensado que quizá le interesaría aprovechar esa media hora.

—Claro que me interesa —dijo Murke—, a la una tengo una cita. Empecemos pues. ¿Qué pintan esas cajas aquí?

—Tengo —dijo el técnico— una caja para cada caso: los acusativos están en la primera, en la segunda los genitivos, en la tercera los dativos y en aquélla —y señaló la última de la derecha, una caja pequeña que llevaba escrito CHOCOLATE PURO— están los dos vocativos, el bueno a la derecha y el malo a la izquierda.

—Esto es estupendo —dijo Murke—, de modo que ya ha cortado en pedazos esa porquería.

—Sí —dijo el técnico— y si tiene usted anotado el orden en que deben ser colocados los casos, terminaremos, como mucho, en una hora. ¿Lo tiene usted anotado?

—Lo tengo —dijo Murke—. Sacó un papel del bolsillo, donde iban escritas las cifras de 1 a 27; detrás de cada número iba apuntado un caso.

Murke se sentó y ofreció al técnico la caja de cigarrillos; fumaron, mientras el técnico colocaba en el rollo los trozos de cinta de la conferencia de Bur-Malottke.

—En el primer corte —dijo Murke— tenemos que pegar un acusativo.

El técnico metió la mano en la primera caja, cogió un trocito de cinta y lo colocó en el primer hueco.

—En el segundo —dijo Murke— un dativo.

Trabajaban muy de prisa y Murke se sintió aliviado al ver que iba todo tan rápido.

—Ahora —dijo— viene el vocativo. Naturalmente, pondremos el malo.

El técnico se rió e intercaló el vocativo malo de Bur-Malottke en la cinta:

—Adelante —dijo—, adelante.

—Genitivo —dijo Murke.

El gerente leía atentamente todas las cartas que le dirigían los oyentes. La que estaba leyendo en aquel momento, decía lo siguiente:

Querida emisora: Seguro que no tienes una oyente más constante que yo. Soy una anciana, una abuelita de setenta y siete años y te escucho diariamente desde hace treinta. Nunca he sido parca en alabanzas contigo. Quizá te acuerdes de mi carta sobre la emisión: «Las siete almas de la vaca Kaweeida». Era una emisión magnífica, pero ahora tengo que enfadarme contigo.

La postergación a que está sometida el alma del perro en la emisora, es cada vez más indignante. A eso llamas tú humanismo. Hitler tenía naturalmente muchas cosas malas: si se ha de creer todo lo que se dice de él, era un hombre repugnante, pero algo bueno tenía: sensibilidad para con los perros e hizo mucho por ellos. ¿Cuándo volverá el perro a ser reconocidos sus derechos en la radio alemana? Desde luego, lo que no se puede hacer es lo que has intentado en la emisión. «Como el perro y el gato»: era una ofensa para cualquier alma canina. ¡Ya te lo diría mi pequeño Lohengrin si pudiera hablar! Ladraba el pobrecito durante tu desgraciada emisión, ladraba de forma que rompía el corazón de vergüenza. Yo pago todos los meses mi dos marcos como todos los demás oyentes y hago uso de mis derechos y pregunto: ¿Cuándo volverá a ver reconocidos sus derechos el alma del perro en la radio?

Afectuosamente, a pesar de estar muy enfadada contigo:

Jadwiga Herchen, sin profesión.

P. S. En el caso de que ninguno de los cínicos sujetos que eliges como colaboradores, sea capaz de apreciar el alma del perro de manera aceptable, puede hacer uso de mis modestos ensayos, que adjunto. Yo renunciaría a mis honorarios. Podrías transferirlos a la Sociedad Protectora de Animales.

Adjunto: 35 manuscritos.

J. H.

El gerente suspiró. Buscó los manuscritos, pero por lo visto su secretaria los había hecho desaparecer. Cargó una pipa, la encendió, se pasó la lengua por sus vitales labios, cogió el teléfono y pidió comunicación con Krochy. Krochy tenía un cuarto diminuto, con un escritorio diminuto, pero de un gusto exquisito, arriba, en la sección de cultura y llevaba un negociado que era tan pequeño como su escritorio: «El animal en la cultura».

—Krochy —dijo el gerente cuando éste contestó humildemente— ¿cuándo hemos transmitido algo sobre perros por última vez?

—¿Sobre perros? —dijo Krochy—. Señor gerente, nunca, al menos nunca desde que yo estoy aquí.

—¿Y cuánto tiempo hace que está usted aquí, Krochy? —Y éste tembló allí arriba, en su cuarto, porque la voz del gerente se había tomado tan suave; él sabía que no presagiaba nada bueno el que esa voz se tornase suave.

—Llevo diez años aquí, señor gerente —dijo Krochy.

—Es una cochinado —dijo el gerente— que usted no haya tratado jamás de perros y al fin y al cabo ese asunto corresponde a su departamento. ¿Qué título tenía su última emisión?

—Mi última emisión se llamaba... —tartamudeó Krochy.

—No tiene que repetir la frase —dijo el gerente— no estamos en un cuartel.

—«Lechuzas en los muros» —dijo Krochy tímidamente.

—Dentro de las próximas tres semanas —dijo el gerente, suavemente otra vez— quisiera oír una emisión sobre el alma del perro.

—Sí —dijo Krochy. Oyó el ruido del auricular al ser colgado por el gerente, suspiró profundamente y dijo: «¡Dios mío!».

El gerente cogió la siguiente carta del oyente.

En aquel momento entró Bur-Malottke. Podía tomarse la libertad de entrar sin hacerse anunciar, y se tomaba frecuentemente esta libertad. Todavía sudaba. Estaba cansado y se sentó en una silla frente al gerente y dijo:

—Ante todo, buenos días.

—Buenos días —contestó el gerente y apartó la carta del oyente—. ¿En qué le puedo servir?

—Por favor —dijo Bur-Malottke— concédame un minuto.

—Bur-Malottke —dijo el gerente haciendo un gesto grandilocuente y vital—, no necesita pedirme un minuto. Tiene a su disposición horas, días.

—No —dijo Bur-Malottke—, no se trata de un minuto de tiempo corriente, sino de un minuto de emisión. Mi conferencia se ha alargado un minuto a causa de los cambios.

El gerente se puso serio como un sátrapa distribuyendo provincias.

—Espero —dijo ásperamente— que no sea un minuto político.

—No —dijo Bur-Malottke—, medio minuto local y medio minuto recreativo.

—Gracias a Dios —dijo el gerente— tengo disponible para la emisión recreativa setenta y nueve segundos y para la local ochenta y uno. Con mucho gusto doy a un Bur-Malottke un minuto.

—Me abruma usted —dijo Bur-Malottke.

—¿Puedo hacer algo más por usted?

—Le quedaría muy agradecido —dijo Bur-Malottke— si tuviéramos alguna vez la oportunidad de corregir todas las cintas que he grabado desde el año 1945. Algún día —dijo, y se pasó la mano por la frente, mirando melancólicamente el auténtico Brüller colgado sobre la mesa del gerente—, algún día yo... —vaciló, pues lo que tenía que comunicar al gerente iba a ser demasiado doloroso para la posteridad—, algún día yo, yo moriré —y volvió a hacer una pausa para dar al gerente la oportunidad de parecer desconcertado y hacer ademanes de rechazar semejante idea — y me es insoportable el pensar que después de mi muerte existan grabaciones donde digo cosas que ya no siento. Sobre todo, en el momento de fanatismo del año

cuarenta y cinco me vi impulsado a hacer algunas declaraciones que ahora me preocupan y que sólo se pueden justificar por la inexperiencia juvenil que entonces caracterizaba mi obra. Ya está en marcha la corrección de mi obra escrita, y yo quisiera pedirle que me diera la oportunidad de poder corregir también mi obra hablada.

El gerente no dijo nada. Únicamente emitió una ligera tosecilla y en su frente aparecieron unas pequeñísimas y transparentes gotas de sudor: se acordó de que a partir del año 1945, Bur-Malottke había hablado por lo menos una hora al mes y calculó rápidamente, mientras Bur-Malottke continuaba hablando: 12 por 100 resultaban ciento veinte horas de Bur-Malottke hablado.

—La meticulosidad —dijo Bur-Malottke— es considerada por los espíritus mezquinos como indigna del genio. Pero nosotros ya sabemos —y el gerente se sintió adulado al verse incluido por el nosotros entre los espíritus generosos— que los auténticos, los grandes genios eran meticulosos. Himmelsheim hizo imprimir de nuevo a su costa una edición completa de su *Seelon*, porque tres o cuatro frases, incluidas en la mitad de la obra, ya no le parecían convenientes. La idea de que cuando haya entregado el alma a Dios, puedan ser emitidas conferencias mías, con las cuales ya no estoy de acuerdo, me resulta insoportable. ¿Qué solución propone usted?

Las gotas de sudor de la frente del gerente se hicieron más grandes.

—Habría primero que hacer una lista exacta de todas las transmisiones en las que usted ha intervenido —dijo en voz baja— y después tendríamos que ver si están aún en el archivo todas las cintas magnetofónicas correspondientes.

—Espero —dijo Bur-Malottke— que no se habrá borrado ninguna de mis cintas sin darme cuenta de ello. No se me ha dado cuenta, por tanto no se ha borrado ninguna cinta.

—Me ocuparé de ello —dijo el gerente.

—Se lo ruego —dijo Bur-Malottke incisivamente y se levantó—. Buenos días.

—Buenos días —y acompañó a Bur-Malottke hasta la puerta.

Los colaboradores libres habían decidido encargar una comida en la cantina. Habían tomado más copas. Seguían hablando de arte, y su conversación tenía un tono más tranquilo, aunque no menos apasionante. Todos se levantaron asustados cuando Wanderburn entró inesperadamente en la cantina. Wanderburn era un poeta alto y melancólico, de pelo oscuro y cara simpática, ligeramente marcada por la huella de la celebridad. No se había afeitado y a causa de ello su aspecto era aún más atrayente. Se acercó a la mesa de los tres colaboradores libres, se dejó caer rendido en una silla y dijo:

—Chicos, dadme algo de beber. En esta casa tengo siempre la sensación de estar sediento.

Le dieron una copa que había allí y el resto de una botella de soda. Wanderburn

bebió, dejó el vaso sobre la mesa, miró uno tras otro a los tres hombres y dijo:

—Tengan ustedes cuidado con la emisora. De esta mierda, de esta suficiente, relamida y taimada mierda. Tengan cuidado. Nos hace polvo a todos.

Su consejo era sincero e impresionó a los tres jóvenes; pero los tres jóvenes no sabían que Wanderburn venía de la caja, donde había cobrado mucho dinero por una sencilla adaptación del libro *Hiob*.

—Nos parten en pedazos —dijo Wanderburn—, nos extraen la médula y nos vuelven a pegar. Eso no podremos soportarlo nadie.

Terminó de beber la soda, dejó el vaso sobre la mesa y se dirigió a la puerta, agitando tras sí melancólicamente el abrigo.

A las doce en punto terminó Murke de componer las cintas. Después de pegar el último trocito, que era un dativo, Murke se levantó. Ya tenía puesta la mano en el picaporte cuando el técnico dijo:

—También me gustaría a mí tener una conciencia tan escrupulosa y cara. ¿Qué hacemos con la cajita? —manifestó señalando la de cigarrillos que estaba en el estante, entre las cajas de cartón que contenían las cintas nuevas.

—Déjala ahí —contestó Murke.

—¿Para qué?

—Quizá la necesitemos aún.

—¿Le parece probable que vuelva a sentir remordimientos?

—No es imposible —dijo Murke—; más vale que esperemos. Adiós.

Se dirigió al primer paternóster, bajó al segundo piso y entró en su despacho por primera vez en todo el día. La secretaria se había ido a comer y el jefe de Murke, Humkoke, estaba sentado ante el teléfono leyendo un libro. Sonrió a Murke, se levantó y dijo:

—Vaya, aún está vivo. ¿Es suyo este libro? ¿Lo ha dejado usted sobre la mesa? —Mostró el título a Murke y éste contestó:

—Sí, es mío.

El libro tenía un forro verde, gris y anaranjado y se llamaba *Batley's Lyrik-Kanal*; trataba de un joven poeta inglés, que hacía cien años había hecho una recopilación del *slangs* londinense.

—Es un libro estupendo —dijo Murke.

—Sí —asintió Humkoke—, es estupendo, pero hay algo que no aprenderá usted nunca.

Murke le miró interrogativamente.

—No aprenderá usted nunca que no hay que dejar libros estupendos sobre la mesa cuando se espera a Wanderburn. Y a Wanderburn hay que esperarlo siempre. Naturalmente, lo ha figoneado en seguida, lo ha abierto, lo ha ojeado cinco minutos y ¿cuál va a ser el resultado?

Murke calló.

—El resultado —continuó Humkoke— van a ser dos emisiones de una hora cada una sobre *Batley's Lyrik-Kanal*. Ese muchacho nos presentará algún día a su propia abuela protagonizando algo, y lo más grave del caso es que una de sus abuelas lo fue mía también. Por favor Murke, tome usted nota: No hay que dejar nunca libros estupendos sobre la mesa cuando se espera a Wanderburn y, repito, a Wanderburn hay que esperarlo siempre. Bueno, y ahora váyase. Tiene usted la tarde libre y me doy cuenta que se ha merecido el tener libre la tarde. ¿Está listo ese lío? ¿Lo ha vuelto a oír de nuevo?

—Está listo —dijo Murke— pero no puedo volver a oír las conferencias.

—No puedo es una expresión muy infantil —dijo Humkoke.

—Si tengo que volver a oír hoy la palabra arte, me pondré histérico —dijo Murke.

—Ya lo está usted —dijo Humkoke— e incluso reconozco que tiene motivo para estarlo. Tres horas de Bur-Malottke, ya está bien. Eso puede vencer la resistencia del hombre más fuerte y usted no es siquiera un hombre fuerte —tiró el libro sobre la mesa, se acercó más a Murke y dijo—. Cuando yo tenía su edad, tuve que seleccionar tres minutos de un discurso de Hitler que duraba cuatro horas. Tuve que escuchar el discurso tres veces para sentirme capaz de juzgar qué tres minutos había que entresacar. Cuando empecé a oír la cinta por primera vez, yo era nazi. Pero cuando terminé de oír el discurso por tercera vez, ya no era nazi; fue una cura dura y terrible, pero muy eficaz.

—Se olvida usted —dijo Murke suavemente—, que yo ya estaba curado de Bur-Malottke antes de oír sus conferencias.

—Es usted un animal —dijo riendo Humkoke—. Váyase. El gerente las oirá de nuevo a las dos. Límitese a estar en un sitio asequible, por si pasa algo.

—Estaré en mi casa de dos a tres —contestó Murke.

—Otra cosa —dijo Humkoke y cogió una lata de galletas amarilla de una estantería colocada cerca de la mesa de Murke—, ¿qué son estos trocitos de cinta que tiene usted en esta lata?

Murke se ruborizó.

—Son... —dijo—. Es que colecciono un tipo especial de recortes.

—¿Qué tipo de recortes? —preguntó Humkoke.

—Silencios —dijo Murke—, colecciono silencios.

Humkoke le miró interrogativamente y Murke continuó:

—Cuando tengo que cortar trozos de las cintas, donde los oradores han hecho una pausa —también suspiros, inspiraciones o silencios absolutos—, no los tiro al cesto de los papeles; me los guardo. Ciertamente, las cintas de Bur-Malottke no proporcionan ni un segundo de silencio.

Humkoke se rió:

—Desde luego, ése no se calla. ¿Y qué hace usted con los recortes?

—Los uno, y me paso la cinta en casa por la noche. No es mucho; todavía no tengo más que tres minutos, pero es que la gente calla poco.

—Tengo que advertirle que está prohibido llevarse a casa trozos de cintas.

—¿También silencios? —preguntó Murke.

Humkoke se rió y dijo:

—Bueno, márchese. —Y Murke se fue.

Cuando el gerente entró en su estudio, minutos después de las dos, acababa de empezar la audición de la conferencia de Bur-Malottke;

«... y donde siempre, como siempre, por qué siempre cuándo siempre que comencemos a considerar la esencia del arte, tenemos que dirigir nuestra mirada en primer lugar al ser supremo que veneramos. Tenemos que inclinarnos con respeto ante el ser supremo que veneramos y tenemos que recibir el arte con agradecimiento, como un don del ser supremo que veneramos. El arte...».

«No», pensó el gerente, «no puedo obligar a nadie a escuchar ciento veinte horas a Bur-Malottke. No», pensó, «hay cosas que decididamente no se pueden hacer, ni siquiera a Murke». Volvió a su despacho, conectó el altavoz justamente cuando Bur-Malottke decía: «Oh tú ser supremo que veneramos». «No pensó el gerente, no y no».

Murke estaba en su casa, fumando tumbado en un sofá. A su lado, en una silla, había una taza de café y Murke miraba el techo blanco de la habitación. Ante el escritorio estaba sentada una chica rubia preciosa, que miraba fijamente la calle a través de la ventana. Entre Murke y la chica, colocado sobre una mesa auxiliar, había un magnetófono conectado y girando como tomando una grabación. No se pronunciaba ni una sola palabra ni se producía ningún sonido. La muchacha estaba tan guapa y tan silenciosa que parecía la modelo de un fotógrafo.

—No puedo más —dijo la chica de pronto—, no puedo más. Lo que tú pretendes es inhumano. Hay hombres que pretenden cosas indecorosas de una chica, pero estoy a punto de creer que lo que tú exiges de mí es casi más indecoroso que lo que piden otros hombres.

Murke suspiró.

—¡Dios mío! —dijo—, mi querida Rina, tengo que volver a cortar todo esto. Sé razonable, sé buena. Silénciame al menos cinco minutos más de cinta.

—Silenciar —dijo la muchacha de una forma que treinta años atrás se hubiera calificado de descortés—, silenciar, vaya invento que has hecho. Grabaría una cinta con mucho gusto, pero esto de silenciarla...

Murke se levantó y desconectó el aparato.

—¡Ay, Rina! —dijo—, si supieras cómo agradezco tu silencio. Por la noche, cuando vengo cansado y me tengo que quedar sentado aquí, dejo correr tu silencio.

Por favor, sé simpática y dame otros tres minutos de silencio y evítame el tener que hacer otro corte; tú ya sabes lo que supone para mí el tener que hacer cortes.

—Está bien —dijo la chica—, pero dame al menos un cigarrillo.

Murke sonrió, le dio un cigarrillo y dijo:

—Esto es estupendo, así te tengo en silencio en la realidad y en la cinta.

Volvió a conectar el aparato y los dos continuaron callados, sentados uno frente a otro, hasta que empezó a sonar el teléfono. Murke se levantó, se encogió de hombros con un gesto de impotencia y cogió el auricular.

—Bueno —dijo Humkoke—, las audiciones han terminado sin complicaciones y el jefe no ha puesto ninguna pega... Se puede ir al cine. Y piense en la nieve.

—¿En qué nieve? —preguntó Murke y miró la calle bañada por el deslumbrante sol del verano.

—¡Por Dios! —dijo Humkoke—, ya sabe que tenemos que empezar a pensar en los programas de invierno. Necesito canciones y cuentos cuyo tema sea la nieve. No podemos limitarnos constantemente a Schubert y Stifter. Nadie parece darse cuenta de la necesidad que tenemos de canciones y cuentos que traten de la nieve. Imagínese que tenemos un invierno duro y largo, con mucho frío y mucha nieve: ¿de dónde sacaremos entonces nuestras emisiones sobre la nieve? A ver si se le ocurre algo.

—Sí —repuso Murke—, ya se me ocurrirá algo.

Humkoke colgó el teléfono.

—Anda —dijo a la muchacha—, ya podemos irnos al cine.

—¿Ya puedo hablar? —dijo la chica.

—Sí —dijo Murke—, habla.

A esa misma hora, el ayudante de dirección de la sección radio-teatro escuchaba de nuevo la obra que se iba a transmitir por la noche. Le parecía buena, pero el final no le convencía. Estaba sentado en la cabina de cristal del estudio 13. Mordisqueaba el extremo de una cerilla y repasaba el manuscrito.

(Efectos acústicos de una gran iglesia vacía).

ATEO.—*(Con voz sonora y clara).* ¿Quién se acordará aún de mí, cuando me convierta en presa de los gusanos?

(Silencio).

ATEO.—*(En un tono más alto).* ¿Quién se acordará de mí, cuando me convierta otra vez en polvo?

(Silencio).

ATEO.—*(Más alto todavía).* ¿Y quién se acordará de mí, cuando me haya convertido de nuevo en hojarasca?

(Silencio).

Había doce de estas frases, gritadas por el ateo dentro de la iglesia y después de cada una de ellas ponía: *silencio*.

El ayudante de dirección se sacó de la boca la cerilla mordisqueada, se metió una nueva y miró interrogativamente al técnico.

—Sí —dijo el técnico—, si quiere saber mi opinión: encuentro que hay un pequeño exceso de silencio.

—Eso me parece a mí también —repuso el ayudante de dirección—. El autor también opina lo mismo y me ha rogado que lo cambie. Debería sonar una voz diciendo «Dios», pero tendría que ser una voz que se oyera sin los efectos sonoros de la iglesia y que pareciera salir de otro sitio. Pero, dígame, ¿de dónde saco ahora esa voz?

El técnico sonrió y cogió una cajita de cigarrillos que aún estaba en el estante.

—De aquí —dijo—. Aquí hay una voz diciendo «Dios» en un espacio sin efectos sonoros.

Con la sorpresa, el ayudante de dirección se tragó la cerilla. Le dio una arcada y le volvió a la boca.

—Es, sencillamente —dijo el técnico sonriendo—, que la hemos tenido que cortar veintisiete veces de una conferencia.

—No necesito más que doce —dijo el ayudante de dirección.

—Es muy fácil —añadió el técnico—, quitar el silencio y empalmar doce veces «Dios», si usted se hace responsable de ello.

—Usted es un ángel —repuso el ayudante de dirección—, y yo acepto esta responsabilidad. Vamos a empezar. Contempló feliz los trocitos de cinta, pequeños y mates, de la cajita de cigarrillos de Murke. Es usted realmente un ángel —repitió—. Manos a la obra.

El técnico sonreía, pues le alegraba mucho poder regalar tantos recortes de silencio a Murke: era mucho silencio, casi un minuto; nunca había podido dar tanto silencio a Murke y él sentía por el muchacho un gran afecto.

—Bien —dijo sonriendo—, empecemos.

El ayudante de dirección metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó su cajetilla de pitillos; pero al mismo tiempo cogió un papel arrugado. Lo estiró y se lo enseñó al técnico:

—¿No le parece raro que se puedan encontrar en la emisora estas cosas tan cursis? Esto estaba en mi puerta.

El técnico cogió la estampa, la miró y dijo:

—Sí, es raro —y leyó en voz alta lo que estaba allí abajo escrito:

Recé por ti en Santiago.

No sólo en Navidad

En nuestra parentela se advirtieron unos síntomas de decadencia que se procuró mantener ocultos durante algún tiempo, pero con cuyo peligro hubo que enfrentarse al fin. No me atrevo a emplear aún la palabra «desastre», pero los hechos alarmantes se acumulan de tal manera, que suponen una situación realmente peligrosa y me obligan a dar cuenta de cosas que van a parecer extrañas a los que vivieron en aquella época, pero cuya realidad no podrán negar. El moho de la destrucción ha anidado bajo la tan espesa como dura costa del decoro, e inmensas colonias de mortíferos parásitos preconizan el fin de la honorabilidad de todo un linaje. Ahora tenemos que lamentar el no haber escuchado la voz de nuestro primo Franz, que nos advirtió con tiempo de las espantosas consecuencias que podía tener un hecho que en sí parecía inofensivo. Este hecho era realmente tan insignificante, que ahora nos aterra la importancia de sus consecuencias. Franz nos previno con tiempo. Desgraciadamente, su reputación no era buena. Había elegido una profesión que hasta entonces no había tenido nadie en la familia y que nunca nadie debió tener: era boxeador. Ya en su juventud, melancólica y de una piedad que siempre fue considerada como «fervorosos aspavientos», andaba en pasos que preocupaban a mi tío Franz, ese hombre tan bondadoso. Le gustaba el evitar cumplir con sus deberes escolares en una medida, que no se puede calificar como normal. Se entrevistaba con dudosos compinches en parques aislados y en los bosques de las afueras. Allí practicaban las duras reglas de la lucha a puñetazos, sin importarles abandonar así su herencia humanística. Estos arrapiezos demostraron pronto los vicios de su generación que entretanto se ha puesto de manifiesto que no sirve para nada. Tan ocupados estaban con la dubitativa excitación de su propio siglo, que no les interesaban las apasionadas luchas intelectuales de los siglos pasados. En un principio me parecía que la piedad de Franz estaba en contradicción con la pasiva y activa brutalidad de los ejercicios que practicaba. Pero ahora he empezado a intuir algo. Tendré que volver a considerar este asunto.

Quedamos en que fue Franz quien nos previno, quien se negó a participar en determinadas fiestas, quien dijo que todo aquello eran bobadas y manías y quien dejó, antes que nadie, de tomar parte en actuaciones que se consideraron necesarias para mantener lo que él calificó de abuso. Pero —como dije antes— no tenía suficiente crédito como para que su opinión hallase eco en la familia.

La cuestión es que ahora se han puesto las cosas de una forma, que nos sentimos desconcertados y sin saber cómo poner fin a todo esto.

Franz es hace tiempo un boxeador famoso, pero muestra por las alabanzas que le prodiga toda la familia la misma indiferencia que mostraba por sus críticas.

En cambio, su hermano —mi primo Johannes— una persona por la que yo hubiera puesto la mano en el fuego, un abogado famoso, el hijo predilecto de mi tío, dicen que tiene contactos con el partido comunista, rumor que yo me niego

obstinadamente a creer. Mi prima Lucie, que hasta ahora, fue siempre una mujer normal, dicen que va por las noches, acompañada por su desconcertado marido, a establecimientos de mala fama y que se dedica a bailar ritmos que yo no puedo calificar de otra forma que de existencialistas y del propio tío Franz, ese hombre tan bondadoso, se dice que ha declarado que está harto de la vida, él que siempre fue considerado en la familia como un fenómeno de la vitalidad y un ejemplo de lo que nos ha enseñado a llamar un comerciante cristiano.

Las facturas de los médicos se amontonan, se consultan psiquiatras. Sólo la tía Milla, que es la causante de todas estas manifestaciones extrañas, disfruta de una salud excelente, sonrío, se siente sana y alegre como lo ha estado casi siempre. Su vigor y optimismo nos empiezan a poner nerviosos, aunque durante mucho tiempo nos preocupamos extraordinariamente de su bienestar. Pues sufrió una crisis, que amenazó con ponerse fea. Precisamente de eso quiero hablar.

2

Analizando un proceso nervioso después de que ha ocurrido, parece que hubiese sido fácil evitar que ocurriera la catástrofe; curiosamente, ahora que puedo juzgar con objetividad, es cuando me parecen raras las cosas que pasaban hace dos años en mi familia.

Deberíamos habernos dado cuenta de que había algo que no marchaba bien. Realmente algo no marchaba bien, y si por algún tiempo, algo hubiera marchado bien —cosa que dudo— ahora en cambio ocurren cosas espantosas. En toda la familia era conocido el amor que ponía tía Milla en el adorno del árbol de Navidad, debilidad inofensiva, aunque curiosa, que está muy extendida en nuestra patria.

Se aceptaba esta debilidad y la resistencia que Franz había presentado, desde su más temprana juventud, a todo el barullo que se armaba, era siempre motivo de una violenta indignación, por ser Franz constantemente una causa de intranquilidad para todos. Se negaba sistemáticamente a tomar parte en el adorno del árbol. Pero esta situación llegó a hacerse normal. Mi tía Milla se acostumbró a que Franz no apareciese durante los preparativos del tiempo de adviento y de la celebración de la fiesta y que sólo acudiese a la comida. Ya ni se comentaba aquello.

Aunque corro el riesgo de hacerme antipático, tengo que mencionar un hecho y mi única defensa es su evidencia. Durante los años 1939-1945 estuvimos en guerra. En la guerra se canta, se pegan tiros, se habla, se lucha, se pasa hambre y se muere — y se echan bombas—; en fin, pasan cosas poco agradables, con cuya relación no quiero fastidiar a quienes las vivieron. Solamente las recuerdo porque la guerra influyó en la historia que voy a contar. Pues la tía Milla sólo vio en la guerra un fenómeno que empezó en la Navidad del año 1939 y que puso en peligro su árbol de Navidad, el cual tenía indiscutiblemente una especial sensibilidad.

La principal atracción del árbol de Navidad de mi tía Milla eran los enanos de vidrio que sostenían, con los brazos en alto, un martillo de corcho y colgados de los pies, unos yunques en forma de campana. Debajo de las plantas de los pies, había unas velas y cuando se lograba cierto grado de calor, se ponía en movimiento un mecanismo escondido, que hacía que se extendiera por los brazos de los enanos una inquietud frenética y empezaran a golpear como locos los acampanados yunques con los martillos de corcho, produciendo entre los doce enanos, un tintineo dulce y suave, digno de un concierto de elfos. En la punta del árbol se colocaba un ángel de rojas mejillas y vestido plateado, que a intervalos regulares separaba los labios y susurraba: «Paz, paz». El secreto del mecanismo de este ángel, que después me fue revelado, era celosamente guardado, si bien podía admirarlo entonces casi todas las semanas. Además, en el pino de mi tía había, naturalmente, roscas de caramelos, pastas, cabello de ángel, figuritas de mazapán y —no hay que olvidarlo— espumillón. Aún me acuerdo del considerable esfuerzo que suponía colocar correctamente los innumerables adornos y que exigía la colaboración de toda la familia, que terminaba nerviosa y sin apetito y con un humor —como se dice vulgarmente— de perros, excepto, naturalmente, mi primo Franz, que como era el único que no había tomado parte en los preparativos, se sentía capaz de disfrutar de la carne asada, los espárragos, la nata y los helados. Cuando íbamos de visita a casa de mi tío el segundo día de Pascua y nos atrevíamos valerosamente a expresar la opinión de que el secreto de que el ángel pudiera hablar no era más que un mecanismo igual al de las muñecas que dicen papá y mamá, únicamente conseguíamos que nos dirigieran unas sonrisas irónicas.

Se puede suponer que las bombas caídas cerca de un árbol tan sensible, lo dañaran gravemente. Se produjeron escenas terribles, cuando los enanos se desprendieron del árbol; hasta el ángel cayó violentamente. Mi tía se mostraba inconsolable. Se tomaba un trabajo ímprobo, volviendo a colocar cada cosa en su sitio para poder conservarlo durante el tiempo de Navidad. Pero en el año 1940 resultaba aquello imposible. Para evitar el peligro de hacerme antipático, tengo que callar la intensidad de los bombardeos: me limito a advertir que su frecuencia aumentaba sensiblemente. Era indiscutible, el árbol de mi tía fue una víctima —la bandera de peligro me impide hablar de otras víctimas— de la forma de hacer la guerra; los técnicos extranjeros de balística apagaron transitoriamente su existencia.

Todos nos condolíamos con nuestra tía, que era una mujer encantadora y amable. Nos daba pena que después de duras luchas, discusiones sin fin, tras lágrimas y penosas escenas, se declarara dispuesta a renunciar a su árbol de Navidad mientras durase la guerra.

Por suerte —¿o tendré que decir por desgracia?— fue esto lo único que le afectó de toda la guerra. El *bunker* que construyó mi tío era verdaderamente seguro y siempre había además un coche dispuesto para poder conducir a mi tía Milla a algún sitio donde no se advirtieran las inevitables consecuencias bélicas; se hizo todo lo

posible para que no viera el cruel espectáculo de la destrucción. Mis dos primos tuvieron la suerte de no tener que cumplir su servicio militar en su modalidad más dura. Johannes entró rápidamente en la compañía de mi tío, la cual ocupó un puesto decisivo en el aprovisionamiento de verduras de nuestra ciudad. Johannes sufría del hígado por aquel tiempo. Franz, en cambio, fue soldado. Pero se le encargó la custodia de prisioneros, con lo cual también tuvo la oportunidad de hacerse antipático a sus jefes, pues trataba como a personas a los rusos y a los polacos. Mi prima Lucie no estaba entonces casada y ayudaba a mi tío en el negocio. Una tarde por semana colaboraba en la sección de bordados de cruces gamadas del servicio voluntario de guerra. Pero no quiero exponer aquí los pecados políticos de mis parientes. De una forma u otra, no faltó el dinero ni la comida ni una relativa seguridad y mi tía sólo pasó por la amargura de tener que decidirse a renunciar a su árbol. Mi tío Franz, ese hombre tan bondadoso, había conseguido grandes ganancias, dedicándose, durante más de cincuenta años, a comprar en los países tropicales y subtropicales naranjas y limones, y haciendo que volvieran al mercado con un precio más elevado. Durante la guerra amplió su negocio a fruta y verdura más corriente. Pero después de la guerra tuvimos la satisfacción de ver reaparecer los agrios, lo cual fue motivo de duras luchas de intereses entre los comerciantes de frutas. Mi tío Franz consiguió demostrar su competencia en estos asuntos e hizo que la población volviera a sentir la satisfacción que producen las vitaminas y asimismo, la que ocasiona una considerable fortuna.

Pero ya tenía cerca de setenta años y quería descansar, dejando a su yerno la dirección del negocio. Por entonces se produjo el hecho, que en aquel momento nos hizo gracia, pero que ahora se nos presenta como la causa de una serie de fatales consecuencias.

Mi tía Milla empezó de nuevo con la historia del árbol de Navidad. Esto era en sí inofensivo; incluso la terquedad con que se empeñó en que «todo fuera como antes», sólo hizo que sonriéramos. De momento no existía ningún motivo para que lo tomáramos demasiado en serio. Claro que la guerra había destruido cosas, cuya reconstrucción interesaba más, pero ¿por qué —así nos lo preguntábamos— quitar a una anciana señora tan encantadora esa pequeña ilusión?

Todo el mundo sabe lo difícil que era conseguir entonces mantequilla y manteca. Incluso para mi tío Franz, que contaba con las mejores relaciones, era imposible conseguir figuras de mazapán, rosquillas de chocolate y velas en el año 1945. Hasta el año 1946 resultó imposible preparar todo. Por suerte, se había conservado una colección completa de enanos y yunques, y también un ángel.

Aún me acuerdo muy bien del día que fuimos invitados a casa de mi tío. Fue en enero del año 1947 y hacía mucho frío en la calle. Pero dentro hacía calor y no escaseaban las viandas. Y cuando se apagaron las luces, se encendieron las velas, los enanos comenzaron a martillear y el ángel a susurrar «paz, paz», me encontré realmente transportado a un tiempo, que consideraba ya pasado.

De todas formas, aunque esta experiencia fue sorprendente, no era realmente extraordinaria. Extraordinario fue lo que me ocurrió tres meses más tarde. Mi madre —ya estábamos a mediados de marzo— me envió a casa de mi tío a que me enterase de si «allí tampoco había nada que hacer». Se trataba de fruta. Me dirigí andando al otro barrio de la ciudad, no lejos del nuestro; el aire era templado y estaba anocheciendo. Despreocupadamente atravesé por ruinas cubiertas de hierbas y parques llenos de maleza. Abrí la puerta del jardín de mi tío y de pronto me paré aturdido. En el silencio de la noche se oía claramente que en el cuarto de estar de mi tío estaban cantando. Cantar es una excelente costumbre alemana y hay muchas canciones de primavera, pero lo que yo oí sin lugar a dudas era:

Noche feliz, noche de paz.

Confieso que quedé confuso. Me acerqué lentamente y esperé el fin del villancico. Las cortinas estaban corridas y me incliné a mirar por el ojo de la cerradura. Entonces me llegó el tintineo de las campanas de los enanos y oí el susurro del ángel. No tuve el valor de entrar y volví lentamente a casa. A mi familia le divertieron mis noticias. Pero, hasta que apareció Franz y nos contó todo detalladamente, no nos enteramos de lo que había pasado:

Por la Candelaria, cuando se acostumbra en nuestro país a despojar el árbol de Navidad de todos sus adornos y se tira a la basura, de donde lo cogen los golfillos y lo arrastran por las cenizas e inmundicias o lo emplean en sus juegos, por la Candelaria ocurrió el desastre. Cuando mi primo Johannes, en la noche de la Candelaria, después de que las velas del árbol habían ardido por última vez, empezó a quitar los enanos, mi tía, que hasta entonces había sido tan dulce, comenzó a gritar tan lastimeramente y además de una forma tan repentina y aguda, que mi primo se asustó, perdió el equilibrio ante el árbol que ya se tambaleaba un poco y todo pasó en un momento: enanos y campanas, yunques y ángel entrechocaron y tintinearón y todo cayó estrepitosamente. Y mi tía gritaba.

Se pasó gritando casi una semana. Se llamó a neurólogos por telegrama, los psiquiatras vinieron en taxis, pero todos, hasta las grandes eminencias, abandonaron la casa encogiéndose de hombros y un poco asustados. Ninguno pudo poner fin a aquel desagradable concierto de chillidos. Con algunos medicamentos muy fuertes se consiguieron unas horas de reposo, pero la dosis de luminal que puede soportar una persona de sesenta años, sin que su vida peligre, es desgraciadamente pequeña. Es realmente una tortura el tener una mujer en casa chillando con todas sus fuerzas: el segundo día, ya estaba toda la familia desesperada. También fueron inútiles los consejos del párroco, que acostumbraba a asistir a la celebración de la Nochebuena: mi tía gritaba.

Franz se hizo especialmente antipático, cuando sugirió que se empleara un auténtico exorcismo. El párroco le riñó, toda la familia se alborotó al ver su

mentalidad medieval y su fama de brutalidad superó durante algún tiempo a la conseguida como boxeador.

Entretanto, se recurrió a todo para sacarla de aquel estado. Rechazaba el alimento, no hablaba, no dormía; se empleó el agua fría, caliente, en baños de pies, en forma de ducha escocesa. Los médicos ojearon los diccionarios buscando el nombre de aquel complejo, pero no lo encontraron.

Y mi tía gritaba. Y gritó hasta que mi tío Franz —ese hombre realmente bondadoso— tuvo la idea de volver a poner de nuevo un árbol de Navidad.

3

La idea era estupenda, pero realizarla resultaba evidentemente difícil. Estábamos casi a mediados de febrero y en ese tiempo no se encuentra normalmente un abeto en el mercado. Todo el comercio —con una rapidez realmente satisfactoria— se dispone para otro tipo de cosas. El carnaval está cerca: los escaparates, donde antes se podían contemplar ángeles y espumillón, velas y nacimientos, se llenan de caretas y pistolas, sombreros de *cow-boys* y absurdos tocados de princesas de las Czardas. Las confiterías han cambiado los dulces de Navidad por bombones de pega. Y en las tiendas no hay abetos.

Por fin se organizó una expedición de nietos aficionados al robo, a los que se dio una propina y un hacha bien afilada: se dirigieron a un bosque del patrimonio del Estado y volvieron muy alegres por la noche con un hermoso abeto real. Pero entretanto se había comprobado que se habían roto cuatro enanos, seis yunques de forma de campana y el ángel de la punta. Las figuritas de mazapán y los turronecillos habían sido víctimas de la glotonería de los nietos. Tampoco la generación que se está formando ahora, sirve para nada y si alguna vez ha habido una generación que ha servido de algo —cosa que dudo— ha sido la de nuestros padres.

Aunque no faltaban los medios económicos ni tampoco las influencias, aún pasaron cuatro días hasta que todos los adornos estuvieron preparados. Mientras tanto, mi tía gritaba sin interrupción. Se azuzaron telegramas a través del éter a los almacenes de juguetes de toda Alemania, que precisamente entonces se estaban organizando; se pusieron conferencias, jóvenes y animosos carteros trajeron por la noche paquetes postales y por medio del soborno se consiguió que, en gran velocidad, recibiéramos una expedición de Checoslovaquia con un especial permiso de importación.

Estos días se recordarán en la historia de la familia de mi tío, como días en los que el consumo de café, de tabaco y el desgaste de nervios fueron extraordinarios. Entre tanto, mi tía iba empeorando: su redonda carita se tomó dura y angulosa, su expresión pasó de la dulzura a la de una inquebrantable voluntad; no comía, no bebía, gritaba continuamente, dos enfermeras la vigilaban constantemente y su dosis de

luminal tenía que ser aumentada todos los días.

Franz nos contó que toda la familia estuvo sometida a una agotadora tensión nerviosa, hasta que el 12 de febrero estuvo por fin terminado el adorno del árbol. Se encendieron las velas, se corrieron las cortinas, se sacó a mi tía de su habitación, sólo se oían entre los reunidos sollozos y risitas ahogadas. La expresión de mi tía se dulcificó en cuanto vio el resplandor de las velas y cuando alcanzaron la temperatura necesaria y los enanitos de cristal comenzaron a dar martillazos como locos y el ángel a susurrar «paz, paz», una maravillosa sonrisa se extendió por su cara y al poco rato, toda la familia entonaba la canción *O Tannenbaum*^[*].

Para completar el cuadro, también se había invitado al párroco que acostumbraba a pasar la Navidad en la casa de tío Franz; él también sonreía, se sentía aliviado y cantaba.

Lo que no había conseguido ningún *test*, ningún profundo análisis psicológico, ni los intentos de encontrar algún oculto trauma, lo halló el sensible corazón de mi tío. La arbolterapia de esa persona tan bondadosa salvó la situación.

Mi tía estaba tranquila y casi —así se esperaba entonces— curada. Después de cantar unos cuantos villancicos y de vaciar unas cuantas cajas de dulces todos se encontraban cansados y resultó que mi tía durmió aquella noche sin necesitar ningún calmante. Se despidió a las enfermeras, los médicos se encogieron de hombros y todo parecía haber recobrado la normalidad. Mi tía comió, bebió y volvió a ser encantadora y dulce. Pero aquella tarde, ya anochecido, cuando mi tío estaba leyendo el periódico, sentado junto a su mujer bajo el árbol de Navidad, ella de pronto le tocó el brazo diciendo: «Vamos a llamar a los chicos para empezar la fiesta. Yo creo que ya va siendo hora». Mi tío nos confesó luego que se había asustado mucho, pero se levantó para reunir rápidamente a sus hijos y nietos y mandar un recado al párroco. El cura apareció, un poco fastidiado y asustado, pero se encendieron las velas, los enanos martillearon, el ángel susurró, se cantó, se comieron dulces, y todo dio la impresión de que aquello era normal.

4

Todo el mundo vegetal está sometido a determinadas leyes biológicas y los abetos arrebatados a la madre tierra se sabe que tienen una molesta tendencia a perder sus agujas, especialmente si están en sitios calientes; en la casa de mi tío hacía calor. La duración de un abeto real es mayor a la de los pinos comunes, como lo demostró el doctor Hergenring en su conocido trabajo *Abies vulgaris y abies nobilis*. Pero la vida del abeto real tiene sus límites. En vísperas de carnaval, hubo que convencerse de que mi tía empezaba a sufrir: el árbol perdía rápidamente sus agujas y por la noche, cuando todos cantaban, se advertían unas ligeras arrugas en la frente de mi tía. Siguiendo el consejo de una verdadera eminencia en psicología, se intentó charlar, en

un tono ligero, de la posibilidad de que pronto terminaría el tiempo de Navidad, pues ya los árboles empezaban a brotar, lo que normalmente es una señal de la venida de la primavera, mientras que en nuestras latitudes la palabra Navidad nos sugiere imágenes invernales. Mi tío, astutamente, sugirió una noche entonar *Ya han llegado todos los pájaros y Ven, querido mayo*, pero ya en el primer verso de la primera canción puso mi tía una cara tan seria, que inmediatamente fue interrumpido y se empezó a cantar *O Tannenbaum*. Tres días después se encargó a mi primo Johannes la misión de hacer un ligero intento de despojar al árbol de algún adorno, pero en cuanto alargó la mano y quitó a uno de los enanos el martillo de corcho, empezó mi tía a gritar tan fuerte, que rápidamente se volvió a poner al enano su martillo, se encendieron las velas y empezaron a cantar, un poco atropelladamente, pero muy fuerte, la canción *Noche feliz, noche de paz*.

Pero ya no había paz en las noches; grupos de jóvenes muy animados recorrían la ciudad cantando y tocando trompetas y tambores. Todo estaba cubierto de serpentinas y *confettis*, las calles estaban todo el día llenas de niños disfrazados, que disparaban pistolas, chillaban, algunos hasta cantaban, y una estadística hecha por un particular demostró que por lo menos había 60 000 *cow-boys* y 40 000 princesas de las Czardas, recorriendo nuestra ciudad: en fin, que estábamos en Carnaval, unas fiestas que entre nosotros se celebran casi con más entusiasmo que las Navidades. Pero mi tía parecía estar ciega y sorda: criticaba el que hubiera disfraces en los armarios, cosa que ocurre irremediablemente durante estos días en todas nuestras casas; con voz doliente se lamentaba de la pérdida de sentido moral, pues ni siquiera en el tiempo de Navidad se podía prescindir de esas perniciosas costumbres. Y cuando un día encontró en el dormitorio de mi prima un globo desinflado, pero en el que se notaba aún dibujado con pintura blanca un gorro de bufón, rompió a llorar y pidió a mi tío que prohibiera la entrada en la casa de aquellos pecaminosos objetos.

Hubo que reconocer con espanto que mi tía estaba convencida de que estábamos en Nochebuena. Mi tío convocó a toda la familia, pidió indulgencia para su mujer, por consideración a su especial estado mental, y volvió a organizar otra expedición, para garantizar al menos la tranquilidad de la fiesta de la noche.

Mientras dormía, se cambiaron los adornos del viejo al nuevo árbol y el humor de mi tía volvió a ser tranquilizador.

Pero también pasaron los carnavales, vino la primavera y en vez de cantar *Ven, querido mayo*, se podía cantar «Querido mayo, ya has venido». Llegó junio. Se habían cambiado cuatro abetos y ninguno de los médicos a los que nuevamente se consultó dio esperanzas de mejoría. Mi tía continuaba inmovible. Hasta el mundialmente conocido doctor Bless volvió encogiéndose de hombros a su clínica de

investigación, después de embolsarse como honorarios 1365 marcos, con lo cual demostró una vez más lo alejado que estaba de la realidad. Algún otro vago intento que se hizo de interrumpir o abandonar la fiesta fueron acogidos por mi tía con tales gritos, que hubo que renunciar por fin a cometer aquella especie de sacrilegio.

Lo más terrible era que mi tía estaba empeñada en que todas las personas más allegadas a ella estuvieran siempre presentes. A éstas pertenecían el párroco y todos sus nietos. Sometiéndoles a una rigurosa disciplina se consiguió que los familiares se presentaran siempre puntualmente, pero con el cura aquello era difícil. Resistió algunas semanas sin protestar, en atención a su antigua penitenta, pero por fin intentó hacer comprender a mi tío, entre tartamudeos y carraspeos, que aquello no podía continuar. Aunque la fiesta era realmente corta —duraba alrededor de treinta y ocho minutos— el sacerdote aseguraba que aquella ceremonia no se podía a la larga soportar más. Él tenía además otras obligaciones, reuniones con sus compañeros, el cuidado de las almas que le estaban encomendadas, además de las confesiones del sábado. Por fin consintió en aplazar algún tiempo su decisión, pero a finales de junio exigió enérgicamente que se le liberase de aquello. Franz estaba furioso con toda la familia y buscaba cómplices para su plan de internar a su madre en algún sanatorio, pero no encontraba más que oposición en todos.

De todas formas, empezaron a surgir dificultades. Una noche, no acudió el párroco y no se le encontró ni llamándole por teléfono ni enviándole un recado por escrito. Se vio claro que decididamente no pensaba volver. Mi tío dijo cosas horribles, y aquel hecho fue motivo de que calificara a los servidores de la Iglesia con palabras que me niego a repetir. Como última medida, se rogó al coadjutor, hombre de procedencia muy modesta, que viniera. Lo hizo, pero se portó tan mal, que casi originó una catástrofe. Claro que hay que tener en cuenta que ya estábamos en junio y que por tanto hacía calor. A pesar de ello, las cortinas estaban corridas para conseguir una oscuridad invernal y además las velas estaban encendidas. Empezó la fiesta; el coadjutor había oído hablar de lo que pasaba allí, pero no tenía una idea exacta de ella. Temblaban todos cuando le fue presentado a mi tía el sustituto del párroco. Aceptó sin ninguna dificultad el cambio. De modo que los enanos martillaron, el ángel susurró, se cantó *O Tannenbaum*, se comieron los dulces, se empezó de nuevo a entonar la canción y de pronto al coadjutor le dio un ataque de risa. Después explicó que no había podido oír el verso «también en invierno, cuando nieva», sin soltar la carcajada. Siguió riendo con clerical candor, abandonó el cuarto y no se le volvió a ver. Todos miraron ansiosamente a mi tía, pero ella dijo sólo resignadamente algo así como «Proletarios con sotana» y se llevó un trozo de mazapán a la boca. Cuando nos enteramos de lo que había pasado, también nos sentimos consternados, pero ahora me inclino a considerarlo como una natural explosión de buen humor.

No tengo más remedio que confesar —si he de ser fiel a la verdad— que mi tío usó de su influencia con las altas jerarquías eclesiásticas para procesar al coadjutor y al párroco. El asunto se llevó, aparentemente, con la máxima corrección, se les

entabló un proceso por abandono de sus deberes del cuidado espiritual de sus feligreses, que fue ganado en primera instancia, por los dos sacerdotes. El segundo recurso está aún pendiente de resolución.

Por suerte se encontró un prelado ya jubilado que vivía por allí cerca. Era una persona encantadora, que se mostró dispuesto, con una amable comprensión, a participar todas las noches en la fiesta. Mi tío Franz, que era lo suficientemente sensato para comprender que no había que esperar ya nada de la ciencia médica para resolver la situación, y que se negaba tercamente a recurrir a los exorcismos, tenía también un gran sentido de la economía y empezó a calcular que había que regular la financiación de todo aquello. A mediados de junio se suspendieron las expediciones de los nietos, porque se consideró que resultaban demasiado caras. Mi primo Johannes, que es un hombre lleno de iniciativas, y que tiene excelentes relaciones en todos los ambientes comerciales, descubrió la sociedad Söderbaum, que se dedica al negocio de árboles de Navidad, una actividad muy remuneradora, y que gracias a los nervios de mis parientes, ha obtenido importantes beneficios. Pasado medio año, se concertó un contrato con la compañía Söderbaum, con un descuento importante, y se comprometió a hacer que su experto en abetos, el doctor Alfast, estudiara exactamente el caso para que tres días antes de que el abeto viejo resultara inservible, llegara el nuevo y pudiera estar preparado a tiempo. Además, se guardaba en la bodega una provisión de dos docenas de enanos y tres de ángeles.

Una cuestión que aún no se ha resuelto es el problema de los dulces. Muestran una deplorable tendencia a deshacerse y gotear del árbol, más rápidamente y con más tesón que la misma cera. Sobre todo durante los meses de verano. Han fracasado todos los intentos de conservarlos en su dureza navideña, por medio de todos los sistemas conocidos de refrigeración. Igualmente no han dado resultado las pruebas que se han hecho de disecar un árbol. La familia agradece y acepta todas las sugerencias que se hagan para ver si se consigue un abaratamiento en el coste de la fiesta constante.

Las fiestas de la casa de mi tío iban ya adquiriendo un aspecto de profesionalidad: se reunían todos bajo o alrededor del árbol. Mi tía entraba en la habitación, se encendían las velas, los enanos golpeaban con sus martillos y el ángel susurraba «paz, paz», después se cantaban unos villancicos, se mordisqueaban unos dulces, se charlaba un poco, y se iban retirando todos bostezando y deseándose unas felices pascuas. Los niños gozaban de estas diversiones, que normalmente se reservan a una época especial, mientras mi bondadoso tío y mi tía Milla se iban a la cama. En el cuarto de estar quedaba el humo de las velas, el aroma de abeto recalentado y el olor a dulces. Los enanos, un poco fosforescentes, permanecían quietos en la oscuridad,

con sus brazos alzados amenazadoramente y también se veía relucir fantasmagóricamente la plateada túnica del ángel.

Creo que no es necesario asegurar que la alegría que produce la verdadera fiesta de Navidad, ha disminuido ostensiblemente en nuestra familia: siempre que nos apetece podemos ir a admirar en casa de nuestro tío un clásico árbol de Navidad; y es frecuente que, durante el verano, sentados en la terraza y saboreando un refresco de naranja, nos llegue del interior de la casa el suave tintineo de las campanas y veamos en la oscuridad a los enanos moviendo sus martillos como ágiles diablillos, mientras el ángel susurra «paz, paz». Y siempre nos sorprende el oír a nuestro tío, en pleno verano, llamar a sus hijos y decirles: «Encended las velas, que mamá llegará en seguida». Entonces entra el prelado, un señor encantador, que nos ha ganado a todos el corazón, porque hace su papel extraordinariamente bien, aunque es posible que no se dé cuenta siquiera de que está representando algo. Pero es lo mismo: él está allí, con su pelo blanco, sonriente, y la tira morada de su cuello da a su presencia el toque definitivo de distinción. Y es una extraña sensación la que se siente al oír, en una noche de verano, una voz diciendo nerviosamente: «¿El apagavelas, pronto, dónde está el apagavelas?». Ya ha ocurrido también que, durante una fuerte tormenta, los enanos, sin necesidad de recibir el calor de las velas, se sintieran impulsados a levantar los brazos y a moverlos vertiginosamente, produciendo un concierto extra, hecho que se ha procurado interpretar con la seca palabra electricidad.

La cuestión económica de toda esta organización no deja de tener importancia también. Aunque no hay dificultades en ese aspecto, este desembolso extraordinario se nota en el presupuesto familiar. Pues a pesar de que se tiene mucho cuidado, es enorme la cantidad de enanos, yunques y martillos que se deterioran, y el delicado mecanismo que hace hablar al ángel exige un constante cuidado y atención y tiene que ser renovado frecuentemente. Por cierto que ahora he descubierto su secreto: el ángel va unido por un cable a un micrófono, colocado en el cuarto contiguo ante un disco que da vueltas constantemente, repitiendo «paz, paz» suavemente. Todas estas cosas resultan caras, porque están hechas para usarlas unas pocas veces al año, y no resisten el desgaste que supone usarlas constantemente. Me asusté cuando mi tío me dijo un día, que había que renovar los enanos cada tres meses y que una colección completa costaba 128 marcos. Había rogado a un ingeniero conocido que los recubriera de una ligera capa de caucho, para darles así mayor resistencia, sin que aquello les hiciera perder su bella sonoridad. La idea dio resultado. El consumo de velas, turrónes, mazapanes, el abono del árbol, las cuentas del médico y la atención que se tiene con el prelado cada tres meses, hace que mi tío tenga un presupuesto diario de alrededor de once marcos, sin contar el desgaste de nervios y los trastornos que se empiezan a advertir en la salud de todos. Pero ya estábamos en el otoño, y los trastornos se achacaban a la especial sensibilidad que se produce en esta estación del año.

La auténtica fiesta de Navidad transcurrió normalmente. Fue un verdadero respiro para la familia, pues veían a otras familias reunidas bajo el árbol de Navidad y que también tenían que cantar y comer turrónes. Pero el alivio duró lo que el tiempo de Navidad. Ya a mediados de enero empezó a notar mi prima Lucie un curioso malestar: cuando veía los abetos, colocados en las calles y, en los montones de escombros y ruinas, empezaba a sollozar histéricamente. Después tuvo un verdadero ataque de locura, que se disimuló diciendo que fue un ataque de nervios. Un día que fue a casa de una amiga, mientras charlaban y tomaban una taza de café, ésta le ofreció sonriendo una bandeja con golosinas. Mi prima se la arrebató de las manos — hay que tener en cuenta que mi prima es una mujer de gran temperamento—. Como dije, arrebató de las manos a su amiga la bandeja, se acercó al árbol de Navidad, lo tiró al suelo y pisoteó las bolas de cristal, las setas artificiales, las velas y las estrellas, mientras de su boca salía un ininterrumpido alarido. Todas las señoras allí reunidas huyeron, incluida la dueña de la casa, dejando que Lucie siguiera rugiendo, y esperaron en el *hall* a que llegara el médico, sin poder impedir el oír el ruido que hacía la porcelana al romperse. Me cuesta decirlo, pero tengo que informarles de que a Lucie se la llevaron metida en una camisa de fuerza.

Con un prolongado tratamiento de hipnotismo se consiguió tranquilizarla, pero la curación completa fue muy lenta. El médico exigió que se le liberara de la obligación de asistir a la fiesta de todas las noches, y eso le hizo mucho bien; al cabo de unos días comenzó a reponerse. Al cabo de diez días, el médico se atrevió a hablarle de la posibilidad de comer dulces, pero ella se negó tercamente a hacerlo. El médico tuvo entonces la genial idea de alimentarla de pepinos, ensaladas y de ofrecerle salsas y guisos fuertes y picantes. Eso fue lo que verdaderamente le salvó. Volvió a reír, y empezó a salpicar de observaciones irónicas las interminables conversaciones terapéuticas que mantenía con ella su médico.

Pero el vacío que originaba su ausencia en las celebraciones nocturnas, resultaba doloroso para mi tía. Se justificó alegando un motivo que siempre sirve a las mujeres para disculparse de todo: se dijo que estaba embarazada.

Lucie había originado eso que se llama sentar un precedente: se comprobó que la tía sufría cuando faltaba alguien, pero que no prorrumplía en gritos. Mi primo Johannes y su cuñado Karl intentaron romper la severa disciplina inventándose enfermedades, reuniones de negocios y otros motivos realmente razonables. Pero mi tío se mostró asombrosamente duro: implantó, inflexiblemente, que sólo por motivos muy excepcionales y comprobables, se concedían cortos permisos. Pues mi tía se daba cuenta de todas las ausencias, y lloraba silenciosa, pero persistentemente, lo cual ocasionaba una amarga preocupación a todos.

Cuatro semanas después, volvió Lucie a declararse dispuesta a participar en la fiesta diaria, pero su médico le mandó que tuviera siempre dispuesto un vaso de jugo

de pepino y un plato de bocadillos picantes, pues el trauma producido por los dulces lo consideraba incurable. Así se consiguió que por una temporada mi tío, que en esto había demostrado una dureza insospechada, no pusiera dificultades con su disciplina.

8

Poco tiempo después de cumplirse el primer año de permanente fiesta de Navidad, empezaron a correr unos rumores intranquilizadores: se decía que mi primo Johannes había consultado a un médico amigo sobre cuánto tiempo de vida se podía calcular a mi tía, rumor verdaderamente macabro, que entenebrecía la pacífica y diaria fiesta familiar. El resultado de la consulta debió ser destructor para Johannes. Todos los órganos de mi tía, que siempre han sido muy sólidos, están en perfecto estado, su padre vivió setenta y ocho años y su madre ochenta y seis. Mi tía cuenta ahora setenta y dos, así es que no hay ninguna razón para prever un fin próximo. Y yo opino, que menos aún para deseárselo. Cuando se puso una vez mala, mediado el verano —a la pobre mujer le aquejaron fuertes vómitos y diarreas— se corrió la voz de que había sido envenenada y tengo que dejar bien claro que aquel rumor fue un bulo lanzado por unos parientes malintencionados. Se demostró que se trataba de una infección que le contagió uno de sus nietos. Los análisis a que fueron sometidos los excrementos de mi tía no acusaron absolutamente ninguna señal de veneno.

Durante el mismo verano empezó a iniciarse en Johannes una tendencia a mostrarse disconforme con su medio social: dejó de pertenecer a su grupo coral, y declaró, incluso por escrito, que ya no le interesaba colaborar en el prestigio de la canción alemana. Me veo obligado a aclarar, que a pesar de haber conseguido una graduación de estudios superiores, siempre fue un hombre poco cultivado. Para el coro Virhymnia resultó un gran perjuicio el tener que prescindir de su bajo.

Mi cuñado Karl empezó a ponerse en contacto secretamente con el departamento de emigración. El país de sus sueños debía tener unas condiciones especiales: no debía haber abetos, su importación tenía que estar prohibida o al menos gravada con unos impuestos tan altos que la hiciesen imposible; además —esto en atención a su mujer— la receta de los turrónes tenía que ser desconocida y prohibido absolutamente el cantar canciones de Navidad. Karl se comprometía a trabajar incluso en trabajos corporales duros.

Pero sus gestiones para abandonar su patria pudieron hacerse abiertamente, porque entretanto mi tío sufrió una repentina y completa transformación. Pero ésta se produjo en un aspecto tan poco satisfactorio, que tuvimos razón para horrorizarnos. Este hombre probo, del cual sólo se puede decir que es tan terco como bondadoso, nos dimos cuenta que adquirió costumbres decididamente inmorales, y que continuarán siéndolo mientras el mundo exista. Se supo que hacía cosas, demostradas con pruebas, a las que solamente se puede aplicar la calificación de adulterio. Y lo

terrible es, que ya no las oculta, sino que acepta la responsabilidad de vivir en relaciones y circunstancias que dice debieran poder ser justificadas por especiales leyes morales. Resultó muy inoportuno el que este cambio se hiciera público justamente cuando se tenía que fallar la segunda querrela contra los dos sacerdotes. El tío Franz debió dar, como testigo y encubierto acusador, una impresión de inferioridad tal, que sólo se puede achacar a él mismo el que el fallo fuera favorable a los dos sacerdotes. Pero ya todo esto le resultaba indiferente: su desmoralización era absoluta.

También fue el primero que tuvo la idea de que un actor le sustituyera en la fiesta de la noche. Contrató a un cómico sin trabajo, que en catorce días consiguió una caracterización tan perfecta de mi tío que ni su propia mujer era capaz de advertir el cambio de identidad. Ni sus hijos lo notaron. Fue uno de los nietos el que gritó de pronto en una de las pausas producidas entre villancico y villancico: «El abuelito lleva ligas redondas», mientras alzaba la pernera del pantalón del cómico con aire de triunfo. Debió ser terrible aquella escena para el pobre actor, y toda la familia se sintió conmocionada. Para evitar que ocurriera algo irreparable, se entonó rápidamente otra canción, cosa que se hace frecuentemente en situaciones difíciles. Cuando mi tía se fue a la cama, se comprobó rápidamente la identidad del actor. Aquella fue la señal de la proximidad de la catástrofe total.

9

También hay que reconocer que un año y medio es mucho tiempo y que había vuelto el verano, estación en que resultaba especialmente penoso para mis parientes el tomar parte en aquel juego. Mordisqueaban, en medio de aquel calor, sin ninguna ilusión, almendras y avellanas, y cascaban nueces resacas, mientras sonreían forzosamente, oían el incansable martilleo de los enanos y se estremecían cada vez que el ángel mofletudo susurraba, sobre sus cabezas, «paz, paz». Pero ellos continuaban allí, mientras el sudor, pese a sus trajes de verano, corría por su cuello y sus mejillas y hacía que las camisas se les pegaran al cuerpo. Diré más; perseveran aún.

La cuestión económica no es ningún problema, más bien al contrario. Se empieza a murmurar que mi tío Franz ha empezado a recurrir en sus negocios a métodos que apenas permiten ya considerarle un comerciante cristiano. Está decidido a que no se produzca ninguna mengua en su fortuna, resolución que nos tranquiliza y asusta por igual.

Después que se descubrió lo del cómico, se produjo un verdadero motín, cuyas consecuencias fueron que el tío Franz se declarase dispuesto a contratar una pequeña compañía de actores, que representaran a él, a Johannes, a mi cuñado Karl y a Lucie, y se acordó que siempre estuviera en la fiesta uno de los personajes auténticos, para

mantener a los niños en el juego. El prelado tampoco ha descubierto aún el engaño, que no puede decirse que sea una cosa muy decente. Exceptuando mi tía y los niños, él es la única figura real en este asunto.

Se ha establecido un turno riguroso, que en nuestra familia se llama turno de actuación. Como siempre toma parte en el acto uno de los auténticos personajes, se ha conseguido así también que los actores tengan su día de descanso. Entre tanto se ha podido comprobar, que ellos asisten a la fiesta con gusto, que les viene muy bien ganar unos marcos y se ha conseguido bajarles el sueldo, pues por suerte no escasean los actores sin contrato. Karl me ha contado que había esperanzas de que aún se podía pagar menos por el trabajo que hacen, pues se da a los actores una comida, y ya se sabe que el arte se abarata cuando se ofrece pan a cambio.

10

Ya se ha señalado la lamentable transformación de Lucie: casi no hace más que ir a establecimientos nocturnos, y especialmente en los días que tiene que tomar parte en las reuniones familiares se pone frenética. Va siempre vestida con pantalones de pana, *jerseys* chillones, lleva siempre sandalias y se ha cortado su espléndida cabellera, para adoptar en cambio un peinado con flequillo muy poco favorecedor; me he enterado que se le llama *Pony* y que en diversas épocas se ha considerado moderno. Aunque hasta ahora no he observado en ella una actitud inmoral, sino solamente una exaltación, que ella dice que es existencialismo, no me decido a encontrar satisfactorio el cambio que ha sufrido; me gustan más las mujeres tranquilas, que se mueven normalmente con ritmo de *vals*, que citan versos agradables y cuya alimentación no consiste principalmente en pepinos amargos y guisos recubiertos de paprika. Parece que también va a realizarse el plan de emigración de mi cuñado Karl: ha descubierto un país, no lejos del Ecuador, que responde a sus deseos y Lucie está encantada: en ese país se llevan trajes semejantes a los suyos, gustan mucho las especias y se bailan los ritmos sin los que ella asegura no poder vivir. Es un poco extraño que esta pareja no siga el consejo del proverbio «Vive en el campo y aliméntate con sensatez», pero, por otra parte, también comprendo que se hayan decidido a huir.

Aún es más grave lo ocurrido con Johannes. Desgraciadamente, aquel maligno rumor ha resultado cierto: se ha hecho comunista. Ha roto toda relación con su familia, ya no se preocupa para nada de ella y únicamente su doble, en las fiestas familiares, recuerda su existencia. Sus ojos han adquirido una expresión fanática, se conduce como un derviche en las asambleas públicas de su partido, ha abandonado a sus clientes y escribe rabiosos artículos en la Prensa. Es curioso que ahora se reúna más frecuentemente con Franz. Se intentan catequizar mutuamente. Ahora que moralmente se encuentran en posiciones opuestas, es cuando humanamente se han

acercado más.

Hace mucho tiempo que no veo a Franz; únicamente sé de oídas algo de él. Dicen que le ha invadido una profunda tristeza, que se pasa el día en iglesias oscuras y creo que su piedad es realmente exagerada. Empezó a descuidar su profesión, cuando su familia se dejó arrastrar por el pecado, y hace poco vi en el muro de una casa derruida un descolorido cartel en el que ponía: «último combate de nuestro campeón Lenz con Lecoq. Lenz cuelga definitivamente sus guantes». El cartel era de marzo, y ahora estamos en agosto. Franz debe sentirse muy decaído. Creo que se encuentra en una situación que, hasta ahora, no se ha dado nunca en nuestra familia: es pobre. Por suerte, se ha quedado soltero; por tanto, sólo le afectan a él las consecuencias sociales de su irresponsable piedad. Con una terquedad pasmosa intentó conseguir que alguna asociación protectora de menores se hiciera cargo de los hijos de Lucie, pues él creía que acabarían pervirtiéndose con las fiestas nocturnas. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos; gracias a Dios, los hijos de la gente rica no son arrebatados a sus padres inesperadamente por las instituciones públicas.

El tío Franz es el que ha perdido menos la relación con el resto de la familia, aunque comete acciones muy enojosas. A pesar de su avanzada edad, tiene una «querida» y también su forma de actuar en los negocios nos llena de asombro y de ninguna manera podemos aprobarla. Hace poco ha contratado a un traspunte para que dirija y cuide de la fiesta nocturna, y todo vaya así sobre ruedas. Verdaderamente, todo va sobre ruedas.

11

Ya han transcurrido casi dos años: realmente mucho tiempo. Una noche, en uno de mis acostumbrados paseos, no pude resistir la tentación de pasar ante la casa de mis tíos, adonde naturalmente no se puede ir de visita desde que todas las noches la casa se ve invadida por gentes extrañas y los miembros de la familia se entregan en cambio a otras diversiones. Era una templada noche de verano cuando pasé por allí y ya al volver la esquina de la avenida de los castaños, oí cantar:

el bosque brilla con fulgor de Navidad...

El paso de un camión hizo inaudible el resto. Me acerqué a la casa y por una rendija de las cortinas miré al interior de la habitación: el parecido de los actores con mis parientes era tan asombroso, que por un momento no pude distinguir quién era el que aquel día estaba de guardia —así lo llaman ellos—. No puede ver a los enanos, pero sí oírlos. El penetrante sonido que producen, se propaga en una longitud de onda capaz de atravesar todas las paredes. El susurro del ángel era inaudible. Mi tía parecía realmente feliz: charlaba con el prelado y después de un rato reconocí a mi cuñado Karl como el único personaje auténtico, si se puede llamarlo así. Me di cuenta que era

él por la forma que tiene de fruncir los labios cuando enciende una cerilla. Parece que existen rasgos de individualidad que no cambian nunca. Entonces me vino la idea de que los actores son frecuentemente obsequiados con cigarrillos, puros y vino —y además todas las noches se come espárragos—. Si son un poco descarados —¿y qué actor no lo es?— esto supone otro apreciable aumento en el presupuesto de mi tío. Los niños jugaban con muñecos y carritos de madera en un rincón del cuarto; estaban pálidos y parecían cansados. Verdaderamente, creo que habría que preocuparse de ellos. Pensé que quizá se les podría sustituir por figuras de cera, como las que se usan en los escaparates de los almacenes para anunciar leche en polvo o crema de belleza. Siempre me han dado mucha impresión de realidad.

Tengo que advertir a la familia de las posibles consecuencias que este esfuerzo diario tan poco normal puede causar en el ánimo infantil. Aunque cierta disciplina no les hace ningún daño, me parece que en este caso se ha exagerado la nota.

Abandoné mi puesto de observación cuando empezaron a cantar allí dentro *Noche feliz*. No pude aguantarlo. El aire está tan tibio, y por un momento me dio la impresión de estar viviendo con un grupo de fantasmas. Me apetecieron repentinamente pepinos amargos y sospeché todo lo que Lucie debió haber sufrido.

12

Por fin he conseguido que se sustituya a los niños por muñecos de cera. Su coste fue muy elevado —el tío Franz tardó mucho tiempo en decidirse a hacerlo— pero no era posible arriesgarse por más tiempo a alimentar a los niños diariamente de mazapán y hacer que cantaran canciones que a la larga podían resultarles muy perjudiciales psíquicamente. Pero el tener los muñecos fue muy conveniente, pues Karl y Lucie emigraron efectivamente y también Johannes sacó a los niños de la casa de su padre. Me despedí de Karl, Lucie y los niños entre enormes baúles y cajones. Parecían felices, aunque algo nerviosos. También Johannes se ha marchado de la ciudad. Está ocupándose de reorganizar, no sé dónde, uno de los distritos de su partido.

El tío Franz está cansado de la vida. Con voz doliente me contó hace poco que se olvidan de quitar el polvo a las figuras de cera. El servicio le da constantemente disgustos. Y los actores tienden irremediablemente a la indisciplina. Beben más de lo que deben y algunos han sido sorprendidos, encendiendo puros y cigarrillos. Sugerí a mi tío que les diera agua teñida, y que consiguiera puros de cartón.

Los únicos incommovibles son la tía y el prelado. Charlan de los buenos viejos tiempos, se ríen como dos chiquillos y parecen pasarlo muy bien, interrumpiendo sólo su conversación cuando entonan una canción.

Y la fiesta sigue celebrándose.

Mi primo Franz ha evolucionado de una forma muy rara. Ha sido admitido como

lego en un convento de los alrededores. Cuando le vi por primera vez con el sayal, me asusté —aquella figura tan alta, con la nariz aplastada y sus gruesos labios y la mirada tan triste, más me recordó un presidiario que un fraile—. Pareció adivinar mi pensamiento. «Estamos encarcelados por la vida», dijo muy bajo. Le seguí al locutorio. Fue una entrevista llena de silencio y pareció aliviado cuando la campana le llamó a oración. Cuando se marchó, me quedé pensativo: se fue muy de prisa y su premura parecía sincera.

Algo va a pasar
Una historia de intensa acción

Uno de los episodios más curiosos de mi vida fue el que me sucedió estando empleado en la fábrica de Alfred Wunsiedel. Tiendo más, por naturaleza, al ocio y a la meditación que al trabajo, pero de cuando en cuando, los problemas económicos me obligan —pues la meditación proporciona tan pocos ingresos como el ocio— a aceptar lo que se llama un empleo. Encontrándome de nuevo en uno de esos baches, me confié a una agencia de trabajo y fui enviado con otros siete compañeros de infortunio a la fábrica Wunsiedel, donde seríamos sometidos a una prueba de capacidad.

El aspecto de la fábrica ya me hizo desconfiar: Toda la fábrica estaba construida con bloques de cristal y mi aversión por los edificios claros y los espacios claros es tan grande como mi aversión por el trabajo. Sentí aún mayor desconfianza cuando nos sirvieron un desayuno, nada más llegar, en una clara cantina, pintada de alegres colores: unas camareras muy guapas nos trajeron huevos, café y tostadas y había unas preciosas jarras llenas de zumo de naranja: dorados peces apretaban sus caras indiferentes contra las paredes de los acuarios verde claro. Las camareras estaban tan alegres, que parecían estar a punto de estallar de alegría. Sólo un gran esfuerzo de voluntad —así me lo parecía— impedía que estuvieran canturreando todo el tiempo. Estaban tan llenas de canciones no entonadas como gallinas de huevos no puestos.

Advertí en seguida lo que mis compañeros de infortunio no parecieron sospechar: que también aquel desayuno formaba parte de la prueba; y por eso mastiqué concienzudamente, con la plena responsabilidad de una persona que sabe que está proporcionando a su organismo valiosas sustancias. Hice una cosa, que ninguna fuerza de este mundo me hubiera podido obligar a hacer en otras circunstancias: bebí, con el estómago vacío, zumo de naranja, dejé el café, un huevo y la mayor parte de las tostadas, me levanté y recorrí la cantina de arriba abajo dinámicamente.

Fui el primero que llevaron a la habitación donde tendría lugar el examen. Sobre unas preciosas mesas, estaban preparados los pliegos con las preguntas. Las paredes tenían un tono verde, que hubiera arrebatado de los labios, a los fanáticos de la decoración, la palabra «delicioso». No se veía a nadie, pero estaba tan seguro de ser observado, que me comporté como lo hace un hombre de acción cuando cree que no le observa nadie: saqué impacientemente la pluma del bolsillo, la abrí, me senté en la mesa más próxima y atraje hacia mí el cuestionario como lo hacen las personas coléricas con las cuentas de los mesones.

Primera pregunta: ¿Le parece bien que las personas sólo tengan dos brazos, dos piernas, ojos y oídos?

Por primera vez recogí los frutos de mis meditaciones y escribí sin titubear: «Ni siquiera cuatro brazos, piernas y oídos bastarían a mi actividad. La dotación, en este aspecto, del hombre, es mezquina».

Segunda pregunta: ¿Cuántos teléfonos puede usted usar al mismo tiempo?

También la respuesta era aquí tan fácil como resolver una ecuación de primer grado. «Cuando sólo tengo siete teléfonos», escribí, «me impaciento, únicamente con

nueve me siento por completo satisfecho».

Tercera pregunta: ¿Qué hace usted en sus días de asueto?

Mi respuesta: «No conozco la palabra asueto. Después de cumplir los quince años la borré de mi vocabulario, pues, al principio, fue la acción».

Obtuve el puesto. Realmente ni siquiera los nueve teléfonos me resultaban suficientes. Gritaba por el micrófono: «Actúe usted inmediatamente» o «Haga usted algo». «Tiene que pasar algo». «Va a pasar algo». «Ha pasado algo». «Debería pasar algo». Pero lo que más empleaba era la forma imperativa, pues parecía que le iba mejor al ambiente.

Eran muy interesantes los intervalos de mediodía, durante los cuales comíamos en la cantina, rodeados de silenciosa alegría, alimentos ricos en vitaminas. La fábrica de Wunsiedel era un hervidero de gente que se moría de ganas de contar su vida y milagros, como ocurre con los grandes hombres de acción. Lo que han hecho es más importante para ellos que la propia vida; sólo hace falta apretar un botón y ya empiezan a alabar sus propias acciones.

El apoderado de Wunsiedel era un hombre llamado Broschek, que había conseguido personalmente cierta fama, porque siendo estudiante había mantenido a siete niños y una mujer paralítica, trabajando de noche, llevando cuatro representaciones al mismo tiempo, con mucho provecho por cierto y además había hecho dos oposiciones en dos años con gran brillantez. Cuando unos periodistas le preguntaron. «¿Y cuándo duerme usted, Broschek?», él contestó: «Dormir es pecado».

La secretaria de Wunsiedel había sacado adelante, haciendo punto, a un hombre tullido y cuatro niños al tiempo que se doctoraba en Psicología y Geografía, criaba perros de pastor y se hacía famosa como cantante de *cabaret* con el nombre *Vamp 7*.

El propio Wunsiedel era una de esas personas que en cuanto se despiertan, están dispuestas a hacer cosas: «Tengo que actuar», piensan, mientras se anudan energicamente el cinturón del albornoz. «Tengo que actuar», piensan mientras se afeitan y miran triunfalmente los pelos de la barba que quitan, juntamente con la espuma de jabón, de su maquinilla de afeitar: esos restos pilosos son las primeras víctimas de su afán de acción. Aún los actos más íntimos producen satisfacción a esa gente: el agua corre, se usa papel. Ha pasado algo. Se come pan, se rompe la cáscara del huevo.

El hecho más fútil daba la impresión de acción en Wunsiedel: la forma de ponerse el sombrero, la manera —rebosante de energía— de abrocharse el abrigo, el beso que daba a su mujer; todo era acción.

Cuando entraba en su despacho, saludaba a su secretaria exclamando: «Tiene que pasar algo». Y ella contestaba con buen humor: «Algo va a pasar». Después iba Wunsiedel de sección en sección lanzando su alegre: «Tiene que pasar algo». Todos contestaban: «Algo va a pasar». Y yo también exclamaba gozosamente cuando entraba en mi oficina: «Algo va a pasar».

Durante la primera semana, elevé el número de teléfonos empleados a once; durante la segunda, a trece, y me entretenía mucho, cuando iba por la mañana en el tranvía, inventando nuevas formas de imperativo o en conjugar el verbo «pasar» en todos los tiempos, en todos los géneros, en el subjuntivo y en el indicativo; me pasé dos días repitiendo la misma frase, porque la encontré preciosa: «Tendría que haber pasado algo», y otros dos días esta otra: «Esto no debería haber pasado».

Me empezaba a encontrar realmente satisfecho, cuando pasó una cosa de verdad. Un martes por la mañana —aún no había acabado de sentarme— entró Wunsiedel violentamente en mi despacho y me lanzó su «Tiene que pasar algo». Pero algo indefinible que vi en su cara me hizo dudar que fuera oportuno contestar, con alegría y vivacidad, como estaba prescrito: «Algo va a pasar». Dudé demasiado tiempo, pues Wunsiedel, que no solía gritar rugió: «Conteste usted. Conteste usted como está prescrito». Y yo contesté, bajo y de mala gana, como un niño al que se obliga a decir: soy un niño malo. Haciendo un gran esfuerzo conseguí pronunciar la frase: «Algo va a pasar», y apenas la había dicho, ocurrió realmente algo: Wunsiedel, cayó al suelo, rodó sobre sí mismo y quedó extendido ante la puerta. Me di cuenta en seguida de lo que había ocurrido ante mis ojos, mientras me dirigía rodeando la mesa, hacia el hombre allí tendido: estaba muerto.

Moviendo la cabeza pasé sobre Wunsiedel, me dirigí al despacho de Broschek, andando lentamente por el pasillo y entré sin llamar. Broschek estaba sentado ante su mesa, tenía un teléfono en cada mano, un bolígrafo en la boca con el que tomaba notas en un *block*, mientras que con los pies descalzos hacía funcionar una máquina de hacer punto colocada debajo de la mesa. De esta forma conseguía completar el vestuario de su familia.

«Ha pasado algo», dije en voz baja.

Broschek escupió el bolígrafo, dejó los dos teléfonos y quitó los pies de la máquina de hacer punto.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó.

—El señor Wunsiedel ha muerto —respondí yo.

—No —dijo Broschek.

—Sí —dije yo—, venga usted conmigo.

—No —insistió Broschek, pero se escurrió en las zapatillas y me siguió por el pasillo.

—No —dijo nuevamente él, cuando nos encontramos ante el cadáver de Wunsiedel. «No, no». No quise contradecirle. Cuidadosamente volví a Wunsiedel de espaldas, le cerré los ojos y me quedé mirándole pensativamente.

Casi sentí ternura por él y por primera vez me di cuenta de que no le había odiado nunca. En su cara había algo, que tienen los niños cuando se niegan tercamente a dejar de creer en papá Noel, aunque los argumentos de sus compañeros suenen tan convincentes.

—No —repetía Broschek—, no.

—Algo tiene que pasar —dije en voz baja, a Broschek.

—Sí —dijo Broschek—, tiene que pasar algo.

Pasó algo: Wunsiedel fue enterrado y yo fui designado para ir, llevando una corona de rosas artificiales, detrás de su féretro, pues estoy dotado, no sólo de una tendencia al ocio y a la meditación, sino también de un tipo y una cara que van muy bien con los trajes negros. Debí hacer —andando tras el féretro de Wunsiedel con la corona de rosas artificiales en la mano— un efecto estupendo. Una elegante compañía de pompas fúnebres me propuso que formara parte de ella. «Usted es un funerario nato», me dijo el director de la compañía. «El vestuario corre de nuestra cuenta. Su cara es definitivamente magnífica».

Me despedí de Broschek con la excusa de que allí no me encontraba del todo satisfecho, que parte de mis posibilidades, a pesar de los trece teléfonos, se desaprovechaban. En cuanto presté mi primer servicio como funerario, lo supe: «Esto es lo tuyo, éste es el puesto que te estaba destinado».

Permanezco en pie, meditativamente, con un sencillo ramo de flores en la mano, tras el sarcófago, en la capilla ardiente, mientras tocan el *Largo* de Haendel, pieza musical a la que no se presta la debida atención. El café del cementerio es el lugar donde estoy habitualmente. Allí paso el tiempo que me queda libre entre mis intervenciones profesionales, aunque alguna veces voy detrás de entierros, con los cuales no tengo ninguna obligación, compro de mi dinero un ramo de flores y me uno al empleado de la beneficencia que va tras el féretro de algún desterrado. De cuando en cuando visito también la tumba de Wunsiedel, pues en definitiva a él le debo el haber hallado mi verdadera profesión, una profesión para la cual es conveniente la meditación y una obligación, el ocio.

Bastante tiempo después, me di cuenta de que nunca me interesé por el artículo que se producía en la fábrica de Wunsiedel. Debía tratarse de jabón.

Diario en la capital

Lunes:

Desgraciadamente llegué demasiado tarde para poder volver a salir o ir a visitar a alguien; eran las once y media de la noche cuando llegué al hotel y estaba cansado. Así que sólo me quedó la posibilidad de contemplar, desde la habitación, la vista de esta ciudad, que exulta de vida: cómo hierve, borbotea, casi se derrama; se esconden en ella fuerzas, que aún no se han liberado. La capital no es aún lo que puede llegar a ser. Fumé un puro, me rendí a la fascinación de la electricidad, dudé si podría aún llamar a Inn, por fin me rendí suspirando y me dediqué a estudiar mi importante documentación. Alrededor de las doce me metí en la cama: aquí siempre me cuesta irme a dormir. Esta ciudad es enemiga del sueño.

Escrito durante la noche:

Curioso, muy curioso sueño: Yo iba andando por un bosque de monumentos; filas regulares; en pequeños espacios libres había deliciosos parques, en cuyo centro se erguía un monumento; todos los monumentos eran iguales; cientos, no, miles: un hombre en posición de «descansen»; el aspecto de su fina bota hacía suponer un oficial, pero el pecho, cara y pedestal estaban aún cubiertos en todos los monumentos con una tela; de pronto, todos los monumentos fueron descubiertos al mismo tiempo, y comprobó, realmente sin demasiada sorpresa, que era yo el que estaba sobre el pedestal; me moví, sonreí y como también había caído la envoltura del pedestal, pude leer muchos miles de veces mi nombre: Erich von Machorka-Muff. Reí y la carcajada salida de mi boca volvió a mí repetida miles de veces.

Martes:

Me dormí otra vez, con una intensa sensación de felicidad; me desperté descansado y me contemplé sonriendo en el espejo: semejantes sueños sólo se tienen en la capital. Mientras me afeitaba, la primera llamada de Inn. (Llamo así a mi vieja amiga Inniga von Zaster-Pehnunz, de nobleza reciente, pero antigua estirpe: el padre de Inniga, Ernst von Zaster, recibió título de nobleza de Guillermo II dos días antes de su abdicación, pero nunca he pensado considerar a Inn como una igual).

Inn estaba en el teléfono —como siempre— encantadora, me envió un beso y me dio a entender, a su manera, que el proyecto, por motivo del cual yo había venido a la capital, marchaba perfectamente. «El trigo florece», me dijo muy bajo, y luego, tras una ligerísima pausa: «Hoy mismo será bautizado el niño». Cortó la comunicación rauda, para impedir, que yo, impaciente, le hiciera preguntas. Me dirigí pensativamente al comedor de desayunos: ¿Se referiría va a que iba a ser colocada la primera piedra? Para mi temperamento de soldado, fundamentalmente sincero, son

incomprensibles las reservas mentales de Inn.

En el comedor de desayunos, otra vez esa profusión de caras carnosas, predominando la raza buena: siguiendo mi costumbre, me dediqué, a figurarme quién podría ocupar un puesto determinado: antes de haber quitado la cáscara a un huevo ya había provisto inmejorablemente dos cargos en el Estado Mayor, uno en una división y me sobraron candidatos para generales; éstos son unos juegos que van bien a un viejo conocedor de hombres, como yo. El recuerdo de mi sueño aumentó mi buen humor: curioso eso de pasear por un bosque de monumentos sobre cuyos pedestales se puede uno contemplar a sí mismo. ¿Habrán investigado realmente los psicólogos todas las profundidades del yo?

Dije que me llevaran el café al salón, fumé un puro y observé sonriendo el reloj: las nueve y cincuenta y seis minutos, ¿sería Heffling puntual? Hacía ya seis años que no lo veía, pero nos habíamos escrito de cuando en cuando (las acostumbradas tarjetas que se intercambian con personas de rango inferior).

De pronto, me encontré temiendo por la puntualidad de Heffling; tengo tendencia a considerar todo sintomático: la puntualidad de Heffling fue siempre para mí la puntualidad debida a la jerarquía como servidumbre humana. Recordé conmovido la frase de mi viejo divisionario, Welk von Schnomm, que acostumbraba a decir: «Usted sigue siendo un idealista». (Renovar el majo abono del adorno de la tumba de Schnomm).

¿Soy realmente un idealista? Me sumí en profundas meditaciones, hasta que me sacó de ellas la voz de Heffling: miré primero al reloj: las diez y dos minutos (siempre le había hecho esta pequeña concesión a su soberanía) luego a él; el muchacho ha engordado mucho, tiene roscas de grasa alrededor del cuello, el pelo se le ha vuelto escaso, pero conserva el mismo brillo fálico en los ojos y su «A la orden, mi coronel» suena igual que antes. «Heffling», exclamé, le golpeé en los hombros y encargué una copa doble para él. Se puso en posición de firmes cuando cogió la copa de la bandeja del camarero; le agarré de la manga y le llevé a un rincón y en seguida nos enfrascamos en recuerdos: «¿Cuando lo de Schwichi Schwaloche, se acuerda, la novena...?». Sienta bien observar, qué poco afectan los imponderables de las costumbres en el básico espíritu del pueblo; allí se encuentra la entereza fundamental, la cordial risa varonil y también la disponibilidad para una obscenidad enorme. Mientras Heffling me contaba en voz baja algunas variantes del eterno tema, observé que Murcks-Maloche —como habíamos quedado cuando nos citamos, sin dirigirse a mí— entraba en el salón y desaparecía en las habitaciones interiores del restaurante. Di a entender a Heffling, echando una mirada a mi reloj, que tenía prisa y con el sano tacto del pueblo sencillo comprendió en seguida que tenía que irse. «Venga a visitarnos alguna vez, señor coronel, mi mujer se alegrará mucho». Riendo amigablemente nos dirigimos a la portería y prometí a Heffling que iría a visitarles. Quizá pueda tener una aventurilla con su mujer; de cuando en cuando me apetece el tosco erotismo de las clases bajas y nunca se sabe qué flechas guarda aún el amor en

su aljaba.

Me senté al lado de Murcks, pedí que nos trajeran Hennessy y dije, cuando se fue el camarero, con mi estilo directo:

—Bueno, suéltalo de una vez. Realmente ¿está ya todo arreglado?

—Sí, lo conseguimos. Y poniendo su mano sobre la mía me susurró: «Estoy tan contento, tan contento, Macho».

—También yo me alegro —dije calurosamente— de que se realice uno de los sueños de mi juventud. Y que ocurra en una democracia.

—Cuando se tiene la mayoría en el parlamento, una democracia es mejor que una dictadura.

Sentí la necesidad de levantarme; me sentía solemne; los momentos históricos siempre me han emocionado.

—Murcks —dije con voz conmovida—, ¿es realmente verdad?

—Es verdad, Macho —dijo.

—¿Seguro?

—Seguro... hoy vas a pronunciar el discurso de inauguración. Se ha convocado ya a la primera promoción. Provisionalmente se les ha hospedado en hoteles, hasta que el proyecto pueda ser hecho público.

—El público, ¿se lo va a tragar?

—Se lo tragará, se lo traga todo —contestó Murcks.

—Ponte en pie, Murcks —dije yo—. Vamos a brindar, vamos a beber por el espíritu, al cual va a servir este edificio: el espíritu de los recuerdos militares.

Chocaron nuestros vasos y bebimos.

Estaba fuera de mí, como si todavía tuviera que hacer algo importante por la mañana; impacientemente subí a mi habitación, de allí volví al salón, paseé por esta encantadora ciudad, después que Murcks se fue al ministerio. Aunque iba vestido de civil, tenía la sensación de llevar detrás de mí o a mi lado un bravo guerrero; hay sensaciones que no caben más que en un uniforme. De nuevo, mientras vagaba por la ciudad, lleno del gozo anticipado que me producía el *tête-à-tête* con Inn, con la sensación de tener alas en los pies por la seguridad de que mi plan se había hecho realidad, de nuevo tuve motivo para recordar otra expresión de Schnomm; «Macho, Macho» acostumbraba a decir, «siempre con la cabeza en las nubes». También lo dijo, cuando mi regimiento se componía ya sólo de trece hombres y mandé fusilar a tres de ellos por rebeldía.

Para celebrar el día me tomé, cerca de la estación, un aperitivo, ojeé unos periódicos, leí rápidamente un par de artículos de fondo sobre la política de defensa e intenté figurarme lo que Schnomm —ojalá viviera aún— hubiera dicho, de haber leído estos artículos. «Estos cristianos», hubiese dicho, «estos cristianos —quién hubiese esperado esto de ellos».

Por fin llegó la hora en que pude ir al hotel a cambiarme para la entrevista con Inn: su bocina —un motivo de Beethoven— me obligó a asomarme a la ventana; me

saludó con la mano desde su coche amarillo limón; pelo amarillo limón, vestido amarillo limón, guantes negros. Suspirando, le envié un beso, me dirigí al espejo, me anudé la corbata y bajé la escalera; Inn sería la mujer ideal para mí, pero se ha divorciado ya siete veces y es muy probable que se muestre escéptica al experimento matrimonial; también nos separan razones de conveniencias sociales; ella es de origen severamente protestante, yo de uno severamente católico, aunque nos unen cifras simbólicas: si ella se ha divorciado siete veces, yo he sido herido siete veces. ¡Inn! No puedo acostumbrarme aún a ser besado en la calle...

Inn me despertó a las 16.17: había preparado té muy cargado y pastel de jengibre y volvimos a repasar los datos sobre Hürmlanger-Hiss, el inolvidable mariscal, a cuya memoria se iba a dedicar el edificio.

Mientras estudiaba de nuevo las actas sobre Hürmlanger, rodeando los hombros de Inn con mi brazo y perdido en los recuerdos de su regalo de amor, oí música de marcha; me invadió la tristeza, pues oír esta música y haber vivido todos los sucesos de estos días vestido de civil, me resultaba muy penoso.

La música de marcha y la proximidad de Inn, me impidieron seguir estudiando las actas; pero Inn ya me había informado lo suficiente para estar preparado para mi discurso. Sonó el timbre cuando Inn me servía la segunda taza de té; me asusté, pero Inn sonrió tranquilizándome:

—Una visita importante —dijo al volver del *hall*—, una visita que no podemos recibir aquí. Señaló, sonriendo feliz, la cama deshecha, que conservaba aún un delicioso desorden amoroso.

—Ven —dijo.

Me levanté y la seguí un poco emocionado y me quedé muy sorprendido al encontrar en el salón al ministro de Defensa. Su cara leal y ruda resplandecía.

—General von Machorka-Muff —dijo radiante—, bienvenido a la capital.

No di fe a mis oídos. Con sonrisa satisfecha el ministro me hizo entrega del pliego de mi nombramiento.

Recordando aquel momento, me parece que vacilé y derramé un par de lágrimas; pero no sé muy seguro lo que ocurrió en mi interior; sólo me acuerdo que dije sin darme cuenta:

—Pero, señor ministro, el uniforme media hora antes de la ceremonia...

Sonriendo satisfecho —¡oh, la conmovedora honradez de este hombre!— miró a Inn, Inn le devolvió otra satisfecha sonrisa, corrió una cortina de flores que había en un rincón y allí estaba colgado, mi uniforme, con todas sus condecoraciones...

Los sucesos y las emociones se precipitaron de tal manera que sólo puedo dar un breve resumen de mis recuerdos:

Refrescamos al ministro con un trago de cerveza, mientras me ponía el uniforme en el cuarto de Inn.

Traslado al solar, que veía por primera vez: me conmovió profundamente la vista de aquel lugar, donde por fin iba a convertirse en realidad mi adorado proyecto: la

Academia de Recuerdos del Ejército, donde todos los antiguos soldados, a partir del grado de alférez, pudieran tener la oportunidad de reunirse con sus camaradas y de escribir sus memorias en colaboración con el departamento de historia bélica del ministerio; yo creo que una estancia de seis semanas serán suficientes, pero el parlamento está dispuesto a procurar los medios para cursos de tres meses. Además pensaba reunir unas cuantas chicas sanas, de condición sencilla, en un edificio adyacente, para que endulzaran a los camaradas afectados por los recuerdos, las horas nocturnas de descanso. Me costó mucho encontrar unas inscripciones apropiadas. El edificio principal debería llevar la inscripción, en letras doradas: MEMORIA DEXTERA EST; en el ala dedicada a las chicas, donde también irían los cuartos de baño: BALNEUM ET AMOR MARTIS DECOR. Pero el ministro me dio a entender, durante el viaje, que no mencionara esta parte de mi plan; temía —quizá con razón— la oposición de la fracción cristiana, aunque —como opinaba sonriendo— no nos podíamos quejar de que hubiera una insuficiencia de liberalización.

El solar estaba rodeado de banderas, la banda tocaba *Yo tenía un camarada*, cuando me dirigí con el ministro a la tribuna. Como el ministro renunció, con su sencillez habitual, a tomar la palabra, subí inmediatamente al estrado, observé primero la fila de camaradas presentes y, animado por un guiño de Inn, empecé a hablar:

—¡Señor ministro, camaradas! Este edificio que llevará el nombre de «Academia Hürmlanger-Hiss para Recuerdos del Ejército», no necesita ninguna justificación. Pero el nombre Hürmlanger-Hiss sí necesita una justificación, pues durante mucho tiempo —yo diría que hasta hoy— ha sido difamado. Todos ustedes saben la mancha que había caído sobre este nombre: Cuando el ejército del mariscal Hürmlanger-Hiss tuvo que batirse en retirada en Schwichi-Schwaloche, Hürmlanger-Hiss sólo pudo demostrar la pérdida de 8500 hombres. Según los cálculos de los especialistas en retiradas de la Gran Bestia —así llamábamos en confianza a Hitler, como ustedes saben— tenía que haber sufrido este ejército, de haberse comportado con el ardor guerrero que le correspondía, una pérdida de 12 300 hombres. Ya saben ustedes, señor ministro, camaradas, lo duramente que se trató a Hürmlanger-Hiss: se le envió como castigo a Biarritz, donde murió de una intoxicación de langosta. Años —catorce en total— ha empañado esa mancha su nombre. Toda la documentación sobre el ejército de Hürmlanger cayó en manos de los cómplices de la Gran Bestia, luego en las de los aliados, pero hoy, hoy —grité e hice una pausa, para dar a mis próximas palabras el máximo efecto—, hoy puedo demostrar y estoy dispuesto a hacer públicos los documentos; hoy puedo demostrar que el ejército de nuestro ilustre mariscal sufrió en Schwichi-Schwaloche la pérdida de 14 700 hombres; repito: 14 700 hombres. Con eso se demuestra que su ejército combatió con un valor sin igual, y su nombre queda de nuevo limpio.

Mientras los ensordecedores aplausos llegaban hasta mí y yo los cedía modestamente al ministro, tuve ocasión de ver en las caras de mis camaradas que

también les habían sorprendido estas noticias; ¡qué hábilmente había conseguido Inn estas informaciones!

Al son de *Ves el rojo amanecer* tomé de manos del albañil la llana y la piedra y coloqué la primera piedra, que contenía una fotografía de Hürlinger-Hiss y una de sus caponas.

A la cabeza del grupo me dirigí desde el solar a la Villa «Zaster dorado» que la familia de Inn había puesto a nuestra disposición, hasta que estuviera terminada la Academia. Allí hubo un corto y fuerte trago para todos, unas palabras de agradecimiento del ministro y la lectura de un telegrama del canciller, antes de empezar con la parte social del programa.

La parte social comenzó con un concierto para siete tambores, que fue interpretado por siete antiguos generales; con el asentimiento del compositor, un capitán con ambiciones musicales, se decidió que se le llamaría *Septeto a la memoria de Hürlinger-Hiss*. La parte social fue un éxito completo; se cantó, se contaron anécdotas, se estrecharon vínculos de hermandad, todas las desavenencias fueron olvidadas.

Miércoles:

Nos queda una hora para prepararnos para la misa solemne; formados muy indisciplinadamente nos dirigimos a las 7.30 a la catedral. Inn se colocó en la iglesia junto a mí y me animé cuando reconocí en un comandante a su segundo marido, en un coronel al quinto y en un capitán al sexto. «Y el octavo, le susurré, será un general». Mi decisión estaba tomada; Inn se ruborizó; no dudó cuando, terminada la misa la conduje a la sacristía para presentarla al sacerdote que había oficiado. «Naturalmente, querida» dijo, después de hablar con él sobre la situación que plantearía el derecho canónico, «como ninguno de sus anteriores matrimonios se celebró religiosamente, no hay ningún impedimento para que su boda con el general von Machorka-Muff pueda celebrarse por la Iglesia».

Bajo estos auspicios, transcurrió el desayuno, que tomamos *à deux*, felizmente; Inn tenía una nueva, para mí desconocida, ligereza. «Siempre me siento así cuando estoy prometida». Encargué *champagne*.

Para celebrar nuestro noviazgo, que decidimos mantener en secreto de momento, subimos al Petersberg, donde estábamos invitados a comer por una prima de Inn, una Zaster por nacimiento. La prima de Inn era encantadora.

La tarde la dedicamos al amor completamente, la noche al sueño.

Jueves:

Aún no me puedo hacer idea de que ahora vivo y trabajo aquí; esta mañana di mi primera conferencia: «El recuerdo como tarea histórica».

Un disgusto al mediodía. Por encargo del ministro me vino a ver Murcks-Maloche en la villa y me informó de una enojosa declaración de la oposición a nuestra proyectada academia.

—Oposición —pregunté—, ¿qué es eso?

Murcks me lo explicó todo. Parecí caer de las nubes.

—¿Pues qué pasa —pregunté impacientemente—, tenemos o no la mayoría?

—La tenemos —dijo Murcks.

—Pues bueno —dije—. Oposición, una curiosa palabra, que no me gusta nada; me recuerda, de una manera fatal, un tiempo que creí pasado.

Cuando di cuenta a Inn, mientras tomábamos el té, de mi enfado, me consoló.

—Erich —dijo colocando su pequeña mano sobre mi brazo—, a nuestra familia nunca se ha resistido nadie.

Desde hace unas semanas procuro no tener contacto con personas que puedan preguntarme por mi profesión; si tuviera que dar un nombre a la actividad que desarrollo, tendría que pronunciar una palabra que asustaría a mis contemporáneos. Así que he decidido emplear la abstracción y hacer mis confesiones al papel.

Hace unas semanas estaba siempre dispuesto a hacer confesiones orales; me lo exigía casi; me calificaba de inventor, investigador privado, en casos de apuro estudiante. En el patético estado de una incipiente borrachera: genio incomprendido. Me sentía calentado por el sol de una fama como la que irradia una gastada corona. Tomaba a crédito con petulante seguridad lo que me fiaban de mala gana suspicaces comerciantes, los cuales veían desaparecer en los bolsillos de mi abrigo margarina, sustitutivos de café y tabaco malo; me envolvía en un aire de abandono y bebía para desayunar, para comer y para cenar el néctar de la bohemia; la profunda sensación de felicidad de no estar conforme con la sociedad.

Pero desde hace unas semanas me monto todas las mañanas a las siete y media en el tranvía, en la esquina de la calle Roon, alargo modestamente como todos mi billete semanal al interventor, voy vestido con un traje cruzado gris, una camisa verde con una corbata verdosa haciendo juego, llevo mi bocadillo en una caja plana de aluminio, el periódico de la mañana, estrechamente enrollado, en la mano. Ofrezco el aspecto de un burgués que ha conseguido evitar el estar ensimismado. Después de la tercera parada me levanto para ceder mi sitio a la empleada más vieja de las que se apean en la fundación de Ayuda al Hogar. Después de sacrificar mi sitio al sentido de convivencia, continúo leyendo en pie el periódico, elevando de cuando en cuando mi voz conciliadora, cuando el malhumor matutino de mis contemporáneos comete alguna injusticia; corrijo las más groseras inexactitudes políticas e históricas (mientras aclaro a mis compañeros de viaje que hay alguna diferencia entre la SA y USA); en cuanto alguien se lleva a los labios un cigarrillo, le pongo discretamente mi encendedor bajo la nariz y le enciendo, con la diminuta pero fiel llama, el primer cigarrillo de la mañana. Así completo la estampa del cumplido ciudadano, que aún es lo suficientemente joven para que se le pueda calificar de «bien educado».

Evidentemente he conseguido ponerme la máscara que impide que me pregunten en lo que trabajo. Paso por un señor muy culto, que vende cosas bien empaquetadas y que huelen bien: café, té, especias, o pequeños y valiosos objetos, gratos a la vista: joyas, relojes; que ejerce su profesión en un despacho confortable y pasado de moda, con oscuros retratos de sus antepasados, colgados de las paredes, los cuales ejercieron también el comercio, que habla a las diez por teléfono con su mujer, con una voz que aunque aparentemente es fría, el cariño le da un tono especial, en el cual se advierten amor y preocupación. Como también tomo parte en las bromas habituales y no regateo mi risa cuando el empleado municipal grita todas las mañanas, al llegar a la calle Schlieffen: «Reforzadme el ala izquierda» (¿no era realmente la derecha?), como no omito mi comentario a los sucesos diarios y a los resultados de los partidos de fútbol, paso por una persona, que, aunque, como lo demuestra la calidad de su

ropa, está en buena posición, su sentido de la vida está firmemente enraizado en los principios de la democracia. El aire de la honorabilidad me envuelve como la urna de cristal a Blancanieves.

Cuando nos pasa un camión y, por un momento, hace de fondo a la ventana del tranvía, procuro controlar mi expresión: ¿no pareceré preocupado o pensativo? Procuro olvidar todas mis sutilezas y dar a mi cara la expresión que debe tener: ni retraída ni confianzuda, ni superficial ni profunda.

Me parece que mi camuflaje es un éxito, pues cuando me apeo en Marienplatz y me pierdo en el laberinto de la parte vieja de la ciudad, donde hay suficiente cantidad de confortables y antiguos despachos, notarías y discretos secretariados, nadie sospecha que entro por la puerta trasera en UBIA, que puede gloriarse de procurar el pan a 350 hombres y de asegurar la vida de 400 000. El portero me recibe en la puerta de servicio, me sonrío, paso ante él y bajo al sótano, y doy comienzo a mi tarea, que tiene que estar terminada a las ocho y media cuando los empleados invaden las oficinas. La actividad que desarrollo por la mañana de ocho a ocho y media en el sótano de esta honorable firma, sirve exclusivamente a la destrucción. Tiro cosas.

He pasado años en inventar mi profesión, en hacerla matemáticamente plausible; he escrito tratados; representaciones gráficas cubrieron —y cubren aún— las paredes de mi casa. Durante años he subido por abcisas y bajado por ordenadas. Pulsé teorías y gocé de la helada embriaguez de poder resolver fórmulas matemáticas. Pero desde que practico mi profesión y veo realizadas mis teorías, me invade la tristeza, como debe invadir al general que tiene que descender de la alta estrategia al nivel de la táctica.

Entro en mi cuarto de trabajo, cambio mi chaqueta por una bata gris y empiezo resueltamente mi tarea. Abro la saca que el conserje ha recogido a primeras horas de la mañana de la central de Correos y la vacío en los dos recipientes, que siguiendo mis instrucciones, se colocaron en la pared a derecha e izquierda de mi mesa de trabajo. Así, sólo necesito alargar los brazos, casi como un nadador, y empiezo a clasificar la correspondencia rápidamente. Primero separo las cartas de los impresos, lo cual es un trabajo de rutina, pues basta mirar el franqueo. El conocimiento de las tarifas postales me ahorra cavilaciones. Como tengo años de experiencia, termino este trabajo en media hora y llegan las ocho y media: Oigo, sobre mi cabeza, los pasos de los empleados que entran a oleadas en las oficinas. Llamo al conserje, que lleva las cartas a los distintos departamentos. Siempre me parece triste ver cómo se lleva el conserje en una caja de hojalata del tamaño de una cartera de colegio, lo que queda del contenido de tres sacas de Correos. Debería sentirme triunfante; pues precisamente esto, es la demostración de mi teoría de las cosas que se tiran, que ha sido durante años el objeto de mis estudios privados; pero, cosa extraña, no me siento triunfante. El tener razón, no es siempre un motivo para sentirse feliz.

Cuando se marcha el conserje, queda aún el trabajo de revisar la montaña de impresos, para comprobar si no hay alguna carta mal franqueada o alguna cuenta

enviada como impreso. Este trabajo es casi inútil: es asombrosa la corrección en el servicio de Correos. Tengo que reconocer que en esto no acerté en mis cálculos: había exagerado el número de estafadores.

Es rara la vez que mi atención tropieza con una postal, una carta o una cuenta enviada como impreso. A las nueve y media llamo al conserje, para que lleve a las secciones correspondientes el resultado de mis cuidadosas investigaciones. Ahora es el momento en que necesito reforzar mis energías. La mujer del conserje me trae mi café, saco de la caja mi almuerzo y lo tomo mientras charlo de sus hijos con ella. ¿Ha adelantado Alfred en matemáticas? ¿Ha corregido Gertrud sus faltas de ortografía? Alfred no ha mejorado en matemáticas, pero Gertrud sí ha corregido sus faltas de ortografía. ¿Han madurado bien los tomates, están gordos los conejos, ha dado resultado el experimento de los melones? Los tomates no han madurado bien, pero los conejos sí están gordos y aún es dudoso el éxito del experimento de los melones. Problemas muy serios, que consideramos con toda atención, como el de si las patatas deben ser o no almacenadas en el sótano, problemas de educación sobre la conveniencia de orientar a los hijos o dejar que ellos nos orienten.

A las once se va la mujer del conserje y casi siempre me pide que le guarde algún anuncio de viajes; ella los colecciona y me hace sonreír esta afición, pues guardo un recuerdo sentimental de los prospectos de viajes: de pequeño los coleccionaba también, rebuscándolos en el cesto de los papeles de mi padre. Muy pronto me empezó a inquietar el que mi padre echara al cesto de los papeles, sin mirarlos siquiera, sobres que acababa de sacar de la caja de la correspondencia. Este hecho hería mi congénito sentido de la economía: se tiraba, se desechaba, se arrugaba algo que se había metido en un sobre, que se había franqueado, que había pasado por los caminos que conducen nuestra correspondencia a su destino; que estaba cargado del sudor del dibujante, del escritor, del encargado del franqueo, que había —en distintos aspectos y diferentes precios— costado dinero; ¿todo esto, para que, sin ser digno siquiera de una mirada, fuera echado al cesto de los papeles?

Desde que tuve once años, cogí la costumbre de sacar de la papelería, en cuanto mi padre se iba al despacho, todo lo que había tirado, lo contemplaba, lo clasificaba y lo guardaba en un arcón que me servía para meter los juguetes. Así que a los doce años poseía una vistosa serie de ofertas de uvas, tenía un catálogo de miel artificial y de historia del arte, y mi colección de prospectos de viajes creció hasta convertirse en una geografía universal; Dalmacia me resultaba tan grata como los fiordos de Noruega; Escocia tan próxima como Copacabana; los bosques de Bohemia me tranquilizaban como me intranquilizaban las olas del Atlántico; se me ofrecían bisagras, chalets y botones; diferentes partidos pedían mi voto, instituciones benéficas mi dinero; la lotería me ofrecía riquezas; sectas religiosas, pobreza. Dejo a la fantasía del lector el imaginarse cómo era mi colección cuando cumplí los diecisiete años; de pronto me cansé de ella y se la vendí a un chamarilero, que me pagó por ella siete marcos y sesenta peniques.

Habiendo alcanzado ya cierta madurez, y siguiendo las huellas de mi padre subí el primer peldaño de la escalera que conduce a la alta administración.

Con los siete marcos y sesenta peniques me compré un montón de papel milimetrado y tres lápices de colores; y mi intento de afirmar mis pies en la carrera administrativa fue un fracaso dolorosísimo, pues en mí latía un feliz destructor, mientras resultaba un malísimo aprendiz de administrativo. Todo mi tiempo libre lo dedicaba a minuciosos cálculos. El cronómetro, el lápiz, la regla de cálculos, el papel milimetrado fueron los instrumentos de mi manía; calculé cuánto tiempo era necesario para abrir un sobre pequeño, mediano y grande, con dibujos, sin dibujos, observarlo, comprobar su inutilidad y tirarlo entonces al cesto de los papeles; en hacer esto se emplean entre cinco y veinticinco segundos; si el impreso es atractivo por su texto o sus dibujos, puede llevar minutos y frecuentemente, cuartos de hora. También sumé hasta los más mínimos gastos de impresión, poniéndome en contacto con imprentas como si tuviera algún interés comercial en ello. Incansablemente comprobé los resultados de mis investigaciones (después de dos años me di cuenta que también había que sumar el tiempo que emplean las mujeres de la limpieza en vaciar los cestos de papeles). Apliqué mis resultados a empresas con 10, 20, 100 o más empleados y saqué consecuencias que un economista hubiera calificado de alarmantes.

En un impulso de lealtad, ofrecí primero mis conocimientos a mis superiores; pero, aunque ya había contado con el desagrado, me asustó su inmensidad; me hice sospechoso de abandono de mis deberes y de nihilismo, fui calificado de loco y me despidieron; abandoné, disgustando mucho a mis pobres padres, mi carrera; empecé otra, la dejé también; abandoné el calor del hogar paterno y comí —como dije antes— el amargo pan del genio incomprendido. Pasé por la humillación de intentar vender por las calles mi descubrimiento, y pasé cuatro años viviendo tan consecuentemente en el pecaminoso estado de la asocialidad, que mi ficha, en el fichero central, que ya estaba marcada con la palabra «loco» hacía tiempo, fue también señalada con el misterioso signo de lo asocial.

Teniendo en cuenta todas estas circunstancias, se comprenderá lo asombrado que me quedé cuando alguien —el director de UBIA— se convenció de la utilidad de mis meditaciones; cómo me afectó el tener que pasar por la humillación de llevar una corbata verde. Pero tengo que seguir yendo de aquí para allá con mi disfraz, pues me hace temblar la posibilidad de ser descubierto. Lleno de temor procuro dar a mi cara la expresión conveniente cuando celebro riendo el chiste de la calle Schlieffen, pues no hay vanidad mayor que la de los graciosos que llenan por la mañana el tranvía. A veces me da miedo pensar que el tranvía va lleno de gente que ha pasado el día anterior haciendo un trabajo que yo voy a aniquilar por la mañana: impresores, cajistas, dibujantes, escritores que se dedican a la publicidad, grabadores, envasadoras, empaquetadoras, aprendices de los distintos oficios: de ocho a ocho y media destruyo sin ninguna consideración los esfuerzos de respetables fábricas de

papel, dignas imprentas, geniales grabadores, los textos de dotados escritores; papel charolado, papel satinado, fotograbado, con todo haría paquetes, sin ningún sentimentalismo, tal como saliera de las sacas de Correo, para que se los llevara el trapero. Destruiría en media hora toda la labor de doscientas horas de trabajo y ahorraría a UBIA otras cien, así que en total (aquí tengo que emplear mi propia jerga) conseguiría un rendimiento de 1:300. Cuando la mujer del conserje se marcha con la cafetera vacía y los catálogos de viajes, doy por terminado mi trabajo de la mañana; me lavo las manos, me cambio de chaqueta, cojo el periódico de la mañana y salgo de UBIA por la puerta trasera. Vago por la ciudad y pienso cómo podría abandonar la táctica y volver a la estrategia. Lo que me entusiasmaba como fórmula, me ha desilusionado en la práctica, cuando he comprobado que es factible. La estrategia aplicada la pueden realizar los subalternos. Probablemente organizaré escuelas de destructores. Es posible que intente colocar destructores en las estafetas de Correos, y si es posible, también en las imprentas; se podrían emplear así enormes energías, valores e inteligencias, se ahorrarían portes y quizá se pudiera llegar a que los prospectos se pensasen, se dibujasen, se compusiesen pero que no se llegaran a imprimir. Todos estos problemas tienen aún que ser sometidos a estudio.

Pero el puro hecho de tirar correspondencia casi no me interesa ya; lo que aún se puede mejorar está resuelto en la fórmula básica. Hace tiempo que me ocupo de cálculos que se relacionan con el papel de envolver y con el empaquetado: este asunto es aún tierra baldía. No se ha hecho nada en este aspecto, y ahí se puede trabajar para ahorrar a la humanidad muchos esfuerzos inútiles, cuyo peso le hace gemir. Se hacen diariamente movimientos para destruir y se gastan energías que si se pudieran aprovechar, cambiarían la faz de la tierra. Sería interesante que se permitiera hacer experiencias en un comercio; ¿sería preferible renunciar al empaquetado o poner junto al mostrador un experto destructor que desempaquetara lo que se acaba de empaquetar y preparara el papel de envolver para que se lo llevara inmediatamente el trapero? Estos son problemas que deben ser resueltos. Me he dado cuenta de que en muchos comercios los clientes piden que no se les envuelva lo que han comprado, pero que se ven obligados a dejar que les hagan el paquete. En las clínicas psiquiátricas se amontonan los casos de pacientes que han sufrido un ataque al desempaquetar un frasco de perfume, una caja de bombones o al abrir un paquete de pitillos, y ahora me dedico a estudiar el caso de un joven vecino mío, que comía el duro pan ganado como censor de libros, pero que ahora no puede ejercer su profesión porque no podía deshacer el nudo de la cuerda que sujetaba los paquetitos y que, a pesar de que le era necesario hacer aquel esfuerzo, no conseguía romper la espesa capa de papel engomado con la que está unida el papel de envolver. El joven daba la impresión de estar trastornado y llegó a hacer las críticas sin leer los libros y a dejar los paquetes sin desenvolver en su biblioteca. Dejo a la fantasía del lector el figurarse las consecuencias que puede traer a nuestra vida intelectual semejante caso.

Mientras paseo por la ciudad entre once y una, me percató de muchos detalles; de

cuando en cuando entro en los comercios y me pongo en contacto con la realidad; me paro ante los estancos y las farmacias y hago pequeñas estadísticas; algunas veces compro algo, para experimentar por mí mismo lo absurdo del procedimiento y descubrir cuánto esfuerzo se necesita para llegar a tener en la mano el objeto que se desea poseer.

De esta manera, doy la impresión entre once y una, vestido impecablemente, de un hombre lo suficientemente adinerado para permitirse pasear tranquilamente; que a la una entra en un buen restaurante, elige distraídamente el menú más caro y escribe en la tapa del *bock* de cerveza algo que lo mismo pueden ser cotizaciones de bolsa que intentos líricos; que sabe alabar o criticar la calidad de la carne de una forma que hace adivinar que es entendido al más experto camarero, y que al elegir el postre, duda refinadamente si tomará queso, pastel o helado y que termina de hacer sus apuntes con un gesto que demuestra que eran cotizaciones de bolsa lo que anotaba. Asustado por el resultado de mis cálculos, abandono el restaurante. Mi cara se vuelve cada vez más reflexiva, mientras busco algún café pequeño donde pasar el tiempo hasta las tres y poder leer el periódico de la tarde. A las tres vuelvo a entrar en UBIA por la puerta trasera para clasificar la correspondencia de la tarde, que está casi exclusivamente compuesta de impresos. Me exige apenas un cuarto de hora de trabajo el encontrar diez o doce cartas; no necesito siquiera lavarme las manos, me las sacudo un poco, entrego las cartas al conserje, salgo de la casa, subo en Marienplatz al tranvía, feliz de no tener que reírme del chiste de la calle Schlieffen. Cuando la lona oscura de un camión hace de fondo a la ventana del tranvía, puedo ver mi cara: está contraída, lo que quiere decir: pensativa, casi meditabunda y me alegro de no tener que cambiar de expresión, pues ninguno de los que van conmigo por la mañana han terminado aún su trabajo. Me apeo en la calle Roon, compro un par de panecillos, un trozo de queso o de embutido, café molido y subo a mi casa, cuyas paredes están cubiertas de gráficas y de excitantes curvas. Entre las ordenadas y las abcisas empieza la línea de mi fiebre que sube cada vez más; ninguna de mis curvas desciende, ninguna fórmula me tranquiliza. Gimiendo bajo el peso de mi pesadilla económica, preparo, mientras hierve el agua para el café, mi regla de cálculo, mis apuntes, el papel y el lápiz.

El mobiliario de mi casa es muy escaso; más parece el de un laboratorio. Bebo mi café de pie, como rápidamente mi bocadillo: ya no soy el diletante del mediodía. Me lavo las manos, enciendo un cigarrillo, pongo en marcha el cronómetro y desempaqueto el tónico para los nervios que he comprado durante mi callejeo de la mañana por la ciudad: papel de envolver exterior, celofán, envase de cartón, papel de envolver interior, las instrucciones para su uso sujetas con una goma: treinta y siete segundos. El desgaste de nervios producido por el desempaquetamiento es mayor que la fuerza que me promete para ellos el medicamento, pero es posible que en esto haya razones puramente subjetivas que no quiero que influyan en mis cálculos. Lo que sí es seguro es que la envoltura parece valer más que el contenido y que el precio de las

veinticinco píldoras amarillas no tiene ninguna relación con su valor real. Pero éstas son consideraciones que podían entrar en el terreno de la moral y quiero mantenerme completamente alejado de la moral. Mi terreno de investigación es exclusivamente el de la economía pura.

Ahí están muchos objetos, esperando que yo los desenvuelva, muchas cuartillas esperan ser escritas; tinta verde, roja, azul, todo está preparado. Generalmente, me voy muy tarde a la cama y cuando me duermo me persiguen mis fórmulas y enormes olas de papel inútil se abaten sobre mí; algunas fórmulas explotan como dinamita y el ruido de la explosión suena como una atronadora risa: es la mía propia, la del chiste de la calle Schlieffen, la carcajada que me veo obligado a soltar por miedo a los funcionarios de la administración. Quizá él tenga acceso al fichero, ha buscado mi ficha y ha comprobado que no sólo está marcado en ella el dato «loco», sino también el peligroso de «asocial». No hay nada más difícil de borrar que ese diminuto signo; seguramente mi risa por el chiste de la calle Schlieffen es el precio que pago por mi anonimato. No quisiera tener que reconocer de palabra, lo que me resulta fácil por escrito: que soy un destructor.



HEINRICH BÖLL (Colonia, 1917 - Langenbroich, 1985). Escritor alemán, premio Nobel de Literatura en 1972. Hijo de un escultor, terminada la escuela inició su aprendizaje como librero. En 1938-1939 tuvo que prestar el servicio de trabajo. Concluido éste, comenzó a asistir a la universidad, pero en el verano de 1939 entró en el ejército hasta el final de la guerra y estuvo prisionero en un campo estadounidense en el este de Francia.

En 1945 volvió a Colonia, donde estudió lengua y literatura alemanas, al tiempo que trabajaba en una ebanistería, y en 1947 empezó a publicar en prensa y a escribir dramas radiofónicos. Desde 1951 se dedicó a escribir y traducir y pasó largas temporadas en Irlanda.

La escritura de Böll está marcada por su experiencia como soldado y, después, por la reconstrucción de Alemania enmarcada en el enfrentamiento Este-Oeste y el predominio conservador. Católico profundo y militante, criticó con dureza a las instituciones, muy especialmente a las eclesiásticas, en una firme defensa de las minorías y de los valores humanos.

A una primera etapa creativa, en la que hizo una «literatura de guerra, ruinas y retorno a la patria», según declaraciones propias, se adscriben una serie de relatos y novelas breves que evocan la atroz experiencia del conflicto bélico y las penurias de la posguerra inmediata. *El tren llegó puntual* (1949), su primer relato, se enfrenta ya con el absurdo de la guerra: un soldado de permiso cree, en el momento de volver al frente, que pronto morirá, y resulta sin embargo el único superviviente de su grupo.

En el relato se emplea la técnica de plano amplio y la elisión, propios de la narrativa norteamericana, para retratar el ambiente bélico.

Böll expresó en su obra narrativa el desasosiego que le produce una sociedad marcada por la incomprensión y fanatizada por el peso de las ideologías y los presupuestos morales. Frente a ella, se yerguen los protagonistas de sus novelas: seres siempre desvalidos, a quienes esa sociedad aplasta de una manera tan cruel como arbitraria, en nombre de principios abstractos que se convierten en algo inhumano y carente de sentido. La aplicación de estos principios constituye para ellos una singular versión del destino que aciertan a percibir, pero no a comprender.

Las doctrinas políticas, la religión, la opinión pública, las reglas externas de moralidad, se transforman en manos de la masa en armas que destruyen a las criaturas sencillas. Böll aboga por la solidaridad entre los seres humanos, por la autenticidad de las relaciones más allá de toda norma positiva. Así entiende él la religión católica que profesa, cosa que no le impide criticar lo que de excluyente puedan tener determinadas actitudes de los católicos. Pero la denuncia que plantea alcanza también a toda una sociedad cómplice del nazismo que se oculta vergonzosamente tras aparatosas manifestaciones de civismo. Un mundo obsesionado por el poder, la eficacia o el dinero, que olvida los aspectos verdaderamente esenciales del ser humano.

[*] Conocida canción que se entona en Navidad ante el pino, para ensalzar sus cualidades de fidelidad y constancia. <<